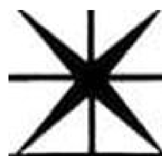


ESPACIO — EL MUNDO FUTURO

louis g. milk

LA CAZA

LOUIS G. MILK

LA CAZA

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53 Barcelona

Dr. Julián Álvarez, 151 Buenos Aires

Depósito Legal: B. 34.141 - 1968

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

CAPÍTULO PRIMERO

SU nave era un cascajo, reconoció Kid Colpin amargamente, mientras orbitaba en torno a Marte, guardando a que le dieran permiso para tomar tierra en Puerto Ivanov. Cualquier día haría «pum» en el espacio y él desaparecería con aquel montón de chatarra volante, suponiendo que pudiera despegar de nuevo la próxima vez.

Los tubos estaban corroídos, los manómetros indicaban baja presión con desesperante monotonía, había fugas por todas partes, la estructura trepidaba y se estremecía en sus junturas y los vidrios de las escotillas estaban llenos de parches rápidos transparentes. El deflector de meteoritos era solo un recuerdo en la mente del Kid y los agujeros se producían casi a diario. Por fortuna el líquido para parches era barato y la instalación de oxígeno era lo único bueno de la nave.

Gracias a ella vivía y las pérdidas de presión atmosférica no habían sido nunca tan rápidas como morir por falta de aire. Siempre había tenido tiempo de localizar la fuga y soltar un chorro de soldadura instantánea para tapar el agujero causado por el impacto del meteorito.

Melancólicamente, El Kid se tocó los bolsillos. Debía de llevar encima unos seiscientos créditos. Lo justo para pagar una semana de estadías en el astropuerto, otra de hospedaje en alguna infecta pensión y comer de cualquier manera donde se pudiera.

Si no le salía pronto una chapuza, estaba perdido.

Arruinado, en suma.

Solo poseía su nave y ya el mes anterior la compañía de seguros se había negado a renovarle la póliza. En estas condiciones, ¿habría

algún idiota que le confiase un cargamento?

Sinceramente, no, se dijo El Kid. «Estás listo, chico», pensó con infinita amargura. Había querido emprender una nueva vida por sí mismo y había fracasado lamentablemente.

La torre de control de Puerto Ivanov le dio permiso. El Kid inició la última órbita de aterrizaje.

A cien metros de altura, le fallaron los chorros.

El oficial de control en la torre vio la repentina suspensión de la salida de gases llameantes en la base de la nave y, en el acto, presionó el botón de la sirena de alarma. Todos los servicios de socorro del astropuerto: bomberos, sanidad, equipos antirradiactivos, se pusieron en acción instantáneamente.

El Kid se dio cuenta de la falta de aflujo de gas a los chorros, porque sintió que el asiento se escapaba debajo de él. Lanzó un vistazo al manómetro y juró a voz en cuello.

Apretó a fondo la palanca del gas, a la vez que empujaba las teclas de los depósitos de emergencia. Las bombas extrajeron de unos y otros las últimas partículas de combustible.

A veinte metros del suelo, los chorros vomitaron de nuevo fuego y llamas. La nave pareció contener la caída. Osciló, se tambaleó, bailó como un trompo, mientras, a pesar de todo, seguía descendiendo inexorablemente. En la Tierra, con gravedad normal, se habría producido ya la catástrofe.

El Kid sudaba mientras juraba y maldecía como un poseso. Ya no había nada que hacer. Los manómetros se negaron a señalar presión.

La nave chocó contra el suelo con estrépito infernal. Rebotó ligeramente, osciló como la varilla de un metrónomo, y, al fin, lentamente, acabó por tumbarse de costado.

Las correas evitaron a El Kid mayores daños. Durante unos momentos, reinó en el interior una formidable barahúnda. Las cosas que no estaban sujetas caían por todas partes con ruidos que hacían sangrar el corazón. Una lucerna se había agrietado y a través de la hendedura, junto con el polvo y el humo, entraron los alaridos de las sirenas.

El Kid se soltó del asiento. Gateó, recogió un poco de su equipaje y la documentación personal. Recogió la pistola de choque y se colgó el cinturón del hombro.

La escotilla quedaba lejos. El Kid tenía un medio mejor para salir.

Desenfundó la pistola y apuntó a la lucerna agrietada. El grueso cuarzo polarizado saltó en mil pedazos.

Con el pie, terminó de limpiar de astillas de vidrio el marco. El suelo quedaba a siete u ocho metros de distancia. Saltó sin vacilar; era una caída de cuatro o cinco metros en la Tierra y El Kid era aún joven, fuerte y tenía los huesos duros.

Un oficial de Sanidad corrió hacia él con la ansiedad pintada en el rostro.

—¿Se encuentra bien, capitán?

El Kid rio irónicamente.

—Estoy bien y no soy capitán ni Einstein que lo fundó.

Otro oficial corría hacia él. Pertenecía a los servicios técnicos del astropuerto.

—Tendrá que enviar un informe a la comandancia, Colpin —gritó.

El Kid conocía a aquel muchacho.

—Me quedé sin combustible y eso que ahí ves es un montón de chatarra. Te lo regalo, François.

Se colgó del hombro el saquito con los objetos personales. François dijo:

—Kid, tienes que abonar estadías…

—Vende eso para chatarra y cóbrate las estadías y lo que cobren las grúas por llevárselo. No hay carga útil adentro, así que te lo regalo.

François y los demás se quedaron de una pieza. El Kid los apartó con una mano y, cansinamente, se dirigió hacia la cafetería del astropuerto.

Tenía ganas de tomarse un buen bocadillo regado con una jarra de cerveza marciana. Después…

El Kid no era clarividente. No podía saber, pues, lo que le reservaba el futuro. Tampoco le importaba demasiado, en verdad.

Si se paraba a pensar en ello, su futuro era más bien negro.

* * *

Estuvo durmiendo en el hotel todo el día. Al llegar la noche, se dispuso a salir para cenar.

Se vistió. Sus ropas estaban raídas. Había muchos en sus condiciones. Puerto Ivanov no era lo que se dice un emporio de riqueza, aunque tampoco hay por qué negar que su astropuerto tenía bastante movimiento de astronaves.

En general, las naves que tenían a Puerto Ivanov como base eran de empresas más bien modestas o pertenecientes a individuos aislados, que poseían su propia máquina. El Kid había intentado probar fortuna en este sentido y su fracaso había sido de los que hacen época.

Se miró al espejo, que ya empezaba a perder la capa azogada. Delante de él vio a un sujeto macizo, de cabellos negros y ojos oscuros, mandíbula cuadrada, hombros anchos, poderosos, y cintura flexible y ágil. A los cuarenta años, El Kid se mantenía en un estado de forma envidiable.

Poseía una gran experiencia, pero de dinero estaba prácticamente a cero.

¿Tendría que volver a su vida anterior?, se preguntó amargamente, mientras se colgaba de la cintura la funda con la pistola de choque.

Abandonó la habitación del hotel y descendió a la planta baja. Salió a la calle.

Puerto Ivanov era una ciudad de varios miles de habitantes. Caminó sin rumbo fijo, sorteando a los transeúntes demasiado espesos en ocasiones y demasiado alegres en otras. Una rubia pechugona le guiñó el ojo significativamente, pero El Kid le contestó con otro gesto no menos significativo: «Estoy sin blanca», le dijo en silencio. La rubia dejó de sonreír en el acto.

Dos borrachos peleaban en medio de la calle, entre el júbilo de los espectadores de ambos sexos. Llegó un coche de la policía, y sus ocupantes solucionaron el jaleo con dos sencillos porrazos. Los defraudados espectadores vomitaron sobre los policías toda suerte de improperios por haberles estropeado la diversión.

Pasó por delante de una taberna atestada de gente. Alguien aporreaba un piano como si se tratase de un enemigo mortal. Se oyó un chillido de mujer y el inconfundible sonido de una botella al romperse en un cráneo. El Kid continuó su camino.

A poco, llegó a un restaurante donde sabía que se comía bien y barato. La gente allí parecía portarse con más comedimiento. El Kid

observó que abundaban las chicas jóvenes y bonitas, algunas de ellas ataviadas con sucintos atavíos.

Entró y ganó una mesa solitaria. Una camarera de cara cansada y tobillos hinchados le preguntó por sus preferencias. El Kid pidió dos filetes de buey marciano, patatas fritas, algo de verdura y vino. La camarera, para empezar, le pidió tres créditos.

—Sobrará algo, pero no estoy segura —le dijo, al cogerle los billetes.

—Lo que no sobra es confianza —contestó El Kid mordazmente.

Momentos después estaba cenando con el apetito de un buitre. Cuando menos, el cocinero tenía conciencia profesional, se dijo.

Una mujer se sentó repentinamente frente a él. Era guapa, de formas exuberantes, pero no tendente a la obesidad. Su pelo era rojizo, veteado de azul.

—Largo —dijo El Kid con la boca llena de comida.

—Me llamo Emma —dijo ella, impertérrita.

—Por muchos años. ¿Quieres marcharte y dejarme en paz? Tengo poco dinero…

—No soy un buscona, Kid —indicó Emma.

El Kid abrió los ojos un poco más de lo habitual.

—¿Conoces mi nombre?

Emma sonrió.

—Hubo un tiempo en que eras muy famoso —dijo—. ¿Qué te pasó? ¿Dejaste el «oficio»?

—No vuelvas a mencionarlo o me olvidaré de que eres una mujer y te romperé una silla en la cabeza —murmuró El Kid gravemente.

—Lo siento —dijo Emma, con cara de todo lo contrario—. Estás arruinado, Kid; ya conozco la noticia de tu aterrizaje. La «Vivy» ha sido llevada ya a la chatarra. Pero yo tengo un empleo para ti. Bueno, fácil… y dos mil créditos a la semana.

El Kid la miró interesadamente.

—No vendo mi pistola, Emma —contestó.

Ella hizo un signo negativo.

—No se trata de comprar tu pistola, Kid. ¿Por qué no vienes conmigo? Detrás de ti hay una puerta. En la habitación del otro lado, te espera una persona. Quiere contratarte. Conoce tu fama y le interesas.

—¿Quién es? —preguntó El Kid.

—Si no aceptas, ¿qué te importa su identidad? —respondió Emma.

CAPÍTULO II

EL KID dio fin al postre, tomó un último sorbo de vino y miró a la mujer.

—Cuando quieras —dijo al cabo—. Pero no te garantizo que acepte.

—Escucha a esa persona. Luego toma una decisión —contestó Emma, a la vez que se ponía en pie.

Era una joven fuerte y robusta. Vestía una blusa anudada bajo los senos, pantalones hasta medio muslo y botas blandas de media caña. Pendiente de la cintura llevaba una funda con una pistola térmica.

A El Kid, sin embargo, le gustaba más la pistola de choque. No era mortal, pero poseía la potencia suficiente para derribar a un elefante. Con la pistola térmica se abrasaba al enemigo, era cierto, pero a veces se corría el riesgo de pegar fuego a una casa. Además, eran menos seguras de lo que la gente creía y más de uno se había encontrado convertido en cenizas al estallarle la pistola en la mano.

En cuanto a las pistolas atómicas, la policía tenía una mala impresión de quienes las usaban. Cuando se encontraban con un tipo que usaba una de estas pistolas y tenían la menor sospecha de que podía emplearla, lo freían a tiros sin demasiados trámites.

El Kid conocía bien todas estas minucias y por ello era fervoroso partidario de la pistola de choque. Precedido de Emma, llegó a la puerta.

Emma abrió. La habitación estaba a oscuras. Todos los sentidos de El Kid se alertaron de inmediato. Sin embargo, Emma encendió la luz y pasó al otro lado con aire normal, echándose a un lado para que El Kid pudiera franquear el umbral.

Emma cerró. El Kid vio que la habitación estaba vacía. Cuando se volvía hacia Emma, advirtió que ella estaba desenfundando ya su pistola térmica.

Entonces comprendió que sus recelos no habían sido injustificados.

Era una trampa.

El Kid no se preguntó por qué Emma quería eliminarle. En circunstancias semejantes, actuaba, no hacía preguntas a nadie, ni a sí mismo. Su mano derecha voló de revés y alcanzó el codo de Emma, lanzándola de costado contra la pared de junto a la puerta.

Ella lanzó un grito de dolor. Pese a todo, seguía intentando sacar el arma.

El Kid agarró su brazo con la mano izquierda. Con la derecha le retorció la muñeca hasta que la pistola cayó al suelo. Emma juraba y pataleaba como una furia, arañándole con la mano libre.

El Kid acabó con la situación, asiendo el brazo de Emma con ambas manos. Retrocedió, al tiempo que giraba sobre sí mismo.

Emma era fuerte, indudablemente, pero no se podía comparar con El Kid. Gritando de pánico, corrió circularmente, irresistiblemente empujada por la acción de su adversario. El Kid aflojó las manos de pronto y Emma salió catapultada contra la pared opuesta. Su suerte fue encontrarse un sillón en el camino, contra el que chocó, dando una voltereta completa en el aire, antes de caer al suelo, sin aliento.

El Kid corrió hacia ella y la izó a pulso. Agarrándola por los hombros, aprovechándose de su aturdimiento, le pegó media docena de sacudidas, hasta que los dientes de Emma castañetearon audiblemente.

—¿Por qué has querido matarme? —rugió, ebrio de ira—. Dime, ¿quién te pagado para…?

—No… no diré nada…

La mano de El Kid se movió dos veces. Emma chilló y lloró con todas sus fuerzas.

El Kid la arrojó contra un sillón. Antes de que se sentara, ya la había agarrado de nuevo por las manos y la hacía girar en redondo alrededor de sí mismo.

Los pies de Emma se separaron del suelo.

—¡Basta! ¡Hablaré! ¡Hablaré! —gritó, lívida de espanto.

El Kid la soltó cuando pasaba sobre un diván.

Emma cayó, rebotó sobre el mullido, giró sobre sí misma y acabó hecha un ovillo sobre la alfombra, gimiendo desconsoladamente.

El Kid se inclinó sobre ella y le asestó una terrible palmada en el final de la espalda.

—¡Ay! —dijo Emma.

—¡Habla! —exigió él—. ¿Quién?

—Myra… Myra Cuthbert… —sollozó la joven.

El Kid parpadeó.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó.

—Mi… mi jefe… Manda la nave… «Mar Tirreno»… Me dio orden de eliminarte… No sé más…

—¿Dónde está ahora la «Mar Tirreno»?

—No lo sé. Yo estaba en Puerto Ivanov y recibí la orden por radio… Es todo lo que sé, te lo juro.

El Kid apretó los labios.

Emma parecía sincera. Ya no le diría mucho más, aunque siguiese presionándola.

Ignoraba quién podía ser la Myra Cuthbert mencionada por Emma. Pero sí había un medio para averiguar a quién pertenecía la astronave «Mar Tirreno», a qué se dedicaba y cuál era la empresa armadora.

Lo malo era que la Oficina de Control de Tránsito Espacial estaba cerrada. Tendría que aguardar hasta las ocho de la mañana.

—Está bien, óyeme una cosa —dijo al cabo—. No vuelvas a meterte conmigo. Busco la paz, pero si tratas de situarte a menos de cien metros de mí, te encontrarás con algo más que con unos cuantos golpes.

Se dirigió hacia la puerta. Su pasado continuaba gravitando sobre sus espaldas. Aún había alguien que quería acabar con él… pero entre sus numerosos enemigos no había figurado nunca una mujer llamada Myra Cuthbert.

Cerca de la puerta estaba la pistola de Emma. Se inclinó, recogió el arma y extrajo la cápsula térmica, que guardó en uno de sus bolsillos. Luego abrió, tiró el arma al suelo de nuevo y abandonó la estancia.

Maldijo entre dientes. Ya tenía sobrados motivos para sentirse

amargado y encima aquella condenada Emma le había dado la noche.

Se estremeció. De no haberse movido con presteza, ahora sería un inanimado montón de carne carbonizada. ¿Por qué diablos habían querido matarle?

Regresó al hotel. Cuando abrió la puerta de su cuarto, vio la luz encendida.

Su mano derecha se posó instantáneamente sobre la culata de su pistola. Había una mujer aguardándole, sentada en un sillón de raído tapizado.

Era joven, unos veintisiete o veintiocho años, de cabello muy negro y ojos azules. Cuando el ocupante de la habitación abrió la puerta, ella se puso en pie.

El Kid observó entonces que se trataba de una mujer de elevada estatura. Seguía la moda general en lo referente a brevedad de indumentaria, pero las ropas eran buenas y caras.

—Cierre la puerta, Kid —dijo ella con voz sosegada—. Tenemos que hablar. Francamente ya me estaba impacientando y… Pero, por favor, quite la mano de la culata de su pistola.

El Kid no hizo caso del último consejo.

—¿Quién es usted? —preguntó secamente.

—Me llamo Judy Sanger, Kid —se presentó la bella desconocida —. ¿Quiere sentarse?

—No hay más que ese sillón y la cama —gruñó él—. Estoy bien de pie, gracias.

—Como quiera —suspiró Judy. Se sentó de nuevo, cruzó sus esbeltas piernas y le miró a la cara—. Le necesito, Kid.

—¿A quién quiere eliminar? —preguntó él.

Judy sonrió ligeramente.

—No quiero eliminar a nadie; quiero evitar que me eliminen —contestó.

—Nunca me ha gustado contratarme como guardaespaldas, así que… —El Kid chasqueó los dedos significativamente, como indicando que Judy debía abandonar el cuarto.

Pero Judy no se movió.

—No me he expresado bien —manifestó—. Al hablar de eliminación no lo decía solo en un sentido estrictamente físico, personal, sino más bien comercial.

—De cosas comerciales entiendo yo bien poco —manifestó El Kid con amargura, recordando los sucesivos y continuos fracasos que le habían llevado a la ruina.

—Pero sí entiende de pilotar una astronave y pelear si es necesario.

—¿Pelear? ¿Con quién?

—Antes de seguir adelante, quiero saber si acepta mi oferta, Kid. Tres mil semanales y gastos. Al terminar su trabajo, si lo realiza satisfactoriamente, se ganará una prima extra de cien mil y la nave que voy a proporcionarle.

El Kid sonrió de un modo extraño.

—Mucho paga usted por los servicios de un hombre solo —dijo.

—Ese hombre vale su peso en… perlas —contestó ella, tocándose las que componían el collar que pendía de su garganta de cisne, gruesas como garbanzos y de una limpidez maravillosa.

—¿Dónde las ha obtenido usted? —preguntó El Kid.

—En Ganimedes. Poseo allí una mina… —Judy se echó a reír—. Curioso, ¿verdad? Una mina de perlas… pero que produce rendimientos fabulosos.

—Sí, algo he oído hablar de ello. ¿Qué pasa con esa mina de perlas?

—Antes, contésteme si acepta mi oferta o la rechaza —pidió Judy.

El Kid se frotó la mandíbula.

—¿Por qué me ha elegido a mí? —preguntó al cabo de unos instantes.

—Por varias razones —respondió Judy—. La primera, es un hombre audaz, valiente y ducho en el manejo de toda clase de armas.

—Vamos, un pistolero.

—Sí, ¿por qué negarlo? Además, en tiempos, fue un reputado capitán de astronave. Posee experiencia en ese sentido. Yo necesito experiencia en astronáutica, capit…

—No me llame así —gruñó El Kid—. Odio ese tratamiento.

Judy sonrió suavemente.

—Conozco los motivos de ese odio. Es una profesión que le dejó sin el afecto de la mujer a quien quería, ¿no? ¿Verdad?

El Kid guardó silencio un momento.

—¿Cuánto tiempo hace de ello? —siguió Judy—. ¿Diez, quince años? A los veinticinco era usted el más joven capitán de astronave de todos los tiempos, se abría ante usted una carrera deslumbrante y poseía el cariño de una mujer de una belleza arrebatadora. Súbitamente, aquella mujer le abandonó y ya no ha vuelto a verla más.

«Supo con quién le abandonó y se dedicó a buscarlos a ambos. A él lo encontró finalmente. Pero cuando lo iba a matar, se dio cuenta de que la venganza es ceniza amarga y desistió de su empeño. El otro, sin embargo, aterrado, perdidos los nervios, sacó una pistola y quiso tirar contra usted. No le quedó otro remedio que defenderse.

«Por fortuna, hubo muchos testigos del hecho. La condena fue suave: cuatro años, de los que solo cumplió dos, en atención a su buena conducta.

«A los treinta años, se encontró en la calle, sin más que lo puesto. Desempeñó toda clase de oficios y se convirtió en un pistolero. No porque le gustara, sino porque había adquirido una fama fatídica con la muerte de su ex amigo. Se vio envuelto en multitud de jaleos, hasta que decidió probar suerte con un cascajo pomposamente llamado astronave.

«Durante tres años, trampeó como pudo. Hoy, su suerte ha llegado al fondo. Es un hombre arruinado, sin mujer, sin amigos y sin dinero. Tiene cuarenta años, aunque conserva el cuerpo y la fortaleza de un hombre de treinta, bien que ayudado por los modernos alimentos, preparados de modo que retardan el envejecimiento corporal.

«Pero mentalmente es un viejo de cien años. ¿Me equivoco, Kid?

Hubo una pausa de silencio. Luego, El Kid meneó lentamente la cabeza.

—No, no se equivoca —contestó—. Está usted bien informada de mí, señorita Sanger.

—Señora —le corrigió Judy—. Y cuando me juego los cuartos y quizá algo más que los cuartos, procuro estar siempre bien informada de las personas que me van a ayudar… o que pueden actuar contra mí.

CAPÍTULO III

JUDY abrió su bolso, sacó un frasquito de plata y se lo tiró al hombre. El Kid lo atrapó al vuelo.

—Beba un trago —indicó ella—. Lo está necesitando.

—Sobre todo, después de lo que me ha pasado esta noche —contestó El Kid, empezando a desenroscar el tapón del frasco.

—¿Qué le ha sucedido? —preguntó la joven.

—Han intentado asesinarme —contestó El Kid, y se llevó el frasco a los labios.

Judy se asombró.

—¿Quién? —preguntó.

—Una mujer llamada Emma —El Kid chasqueó la lengua—. Buen coñac —alabó, devolviendo el frasco a su dueña.

—¿Por qué han querido matarle? —quiso saber Judy, que continuaba llena de perplejidad.

—No lo sé. Todo lo que pude sacarle es que su jefe se llama Myra Cuthbert y manda la astronave «Mar Tirreno». Ya sabe usted tanto como yo, señora Sanger.

Juay se mordió los labios.

—Esa banda tiene espías por todas partes —murmuró.

—¿Cómo dice?

—Me detuve en la Estación Lunar número cinco. Pregunté por usted en Información, del mismo modo que cientos de personas preguntan por cientos de personas. Si esa no es explicación suficiente…

—Teniendo en cuenta que hay unos aparatitos que emiten y reciben ondas de radio, el resto se comprende fácilmente. ¿Dijo usted que me iba a contratar?

—No. Simplemente me limité a preguntar por su paradero.

—Entonces, es que esa Myra Cuthbert me conoce de algún modo y quiso evitar que yo trabajase para usted.

—Entonces, ¿acepta? —preguntó Judy ávidamente.

—¿Qué es lo que debo hacer? —quiso saber El Kid.

—Mis expediciones de perlas ganimedianas son asaltadas con frecuencia. Las pérdidas en los últimos tiempos han resultado muy elevadas. De seguir así no podré continuar en el negocio.

—¿Y…?

—Quiero que, en lo sucesivo, tripule usted la nave que ha de transportar las perlas. Las condiciones económicas ya están descritas.

—¿Me va a pagar todo ese dinero por un viaje? —preguntó él, asombrado.

—Por cada viaje —subrayó ella.

—Es una paga principesca.

—Los riesgos lo merecen. Y los beneficios cubrirán sobradamente sus gratificaciones.

El Kid meditó unos instantes.

—La nave será rápida, supongo.

—Ocho décimos de la velocidad de la luz. Es el último tipo aparecido en el mercado.

El Kid silbó.

—Un buen cacharro. Tendré que entrenarme de nuevo.

—No le resultará difícil —aseguró Judy.

—¿Qué hay de armamento defensivo?

—Tendrá de sobra. Torpedos, nubes de gases, proyectiles centelleantes, bombas meteoríticas… todo manejado automáticamente desde el puesto del piloto.

—Podré elegir mi tripulación, supongo.

—Su nave puede ser manejada por una sola persona. No quiero a nadie más con usted, Kid.

—De acuerdo —asintió el hombre—. De todas formas, vale más solo, que mal acompañado. ¿Dónde está la nave?

—La tengo en el astropuerto. Mañana le espero para que empiece sus entrenamientos.

—Estará bien custodiada, supongo.

—Cuatro hombres de toda confianza la guardan, arma al puño

—contestó Judy.

—Es usted precavida —sonrió El Kid.

—Mi negocio lo exige —manifestó ella con frialdad. Asió el collar con dos dedos—. ¿Sabe cuánto vale cada una de estas perlas?

—No tengo la menor idea. Soy alérgico a las joyas.

—Un millón —dijo Judy—. Hay cuarenta, de modo que eche cuentas.

—Cuarenta millones —sonrió El Kid—. Y cuando aterricé, yo no llevaba encima más allá de seiscientos «pavos».

Judy enrojeció ligeramente.

—Perdón —dijo. Abrió el bolso y sacó un grueso fajo de billetes —. Su paga de un mes y otro tanto para gastos.

—No quise…

Ella no le dejó seguir.

—Ya sé que no fue esa su intención —se puso en pie—. Cómprese ropas nuevas, por favor.

—Es lo primero que haré mañana por la mañana —afirmó él.

—¿A qué hora irá, Kid?

Entonces, El Kid se acordó que tenía que hacer una cosa.

—Quiero recoger una información —dijo—. Entre comprarme ropa y demás… Bien, ponga las diez de la mañana.

—De acuerdo, pues. Hasta mañana, Kid.

—Hasta mañana, señora Sanger.

El Kid se apartó a un lado. Judy pasó por delante de él con paso rítmico y seguro. El Kid admiró la esbeltez corporal de la joven y, en su fuero interno, sintió cierta envidia por el esposo de Judy.

«Un tipo suertudo, no hay duda», se dijo, mientras cerraba la puerta con doble vuelta de llave.

Luego contempló con ojos placenteros el fajo de billetes.

Veinticinco mil créditos. Tenía algunos atrasos y los cancelaría. Algunos buenos amigos habían esperado mucho tiempo para recibir el dinero que le habían prestado. Ahora lo recobrarían.

Luego, de pronto, se acordó de la misión que le había sido confiada y dejó de reír.

Tratábase de una banda de piratas del espacio. Y cuando habían empezado por un intento de asesinato, era de suponer que no se pararían en barras con tal de seguir saqueando las naves de Judy.

Con que cada una sola de aquellas naves transportase mil perlas,

el valor de su cargamento se estimaría en mil millones. «Pero, ¿quién está tan loco por pagar semejantes fortunas por unas bolitas de nácar?», se preguntó.

En la Tierra había locos y caprichosos y dinero. Y Judy, a fin de cuentas, satisfacía locuras y chifladuras.

Eso no era de su incumbencia, resumió finalmente, mientras apagaba la luz.

* * *

A las nueve de la mañana estaba en un almacén, donde compró ropas nuevas y de calidad. Transformado casi por completo, abandonó el local y se encaminó a la Oficina de Control del Tránsito Espacial.

Pudo haber ido en un taxi, pero prefirió caminar. En una astronave se hacía poco ejercicio y él había permanecido nada menos que dos meses seguidos en el espacio.

Un cuarto de hora después, llegó a su destino.

Entró en la Oficina. Había varios comandantes de astronave, despachando sus documentaciones. El Kid esperó sin prisas.

A poco, una de las ventanillas quedó libre.

—¿Puedo servirle en algo? —le preguntó amablemente una bonita muchacha.

—En efecto, señorita. Deseo una información.

—¿Acerca de…?

—Una astronave llamada «Mar Tirreno». Nombre de su comandante, tripulación, empresa armadora y demás.

La muchacha se levantó.

—Aguarde un momento, por favor —rogó.

Se acercó a una archivadora mecánica y manejó el teclado de la máquina de escribir que servía para hacerla funcionar, tanto para pedir informaciones como para recogerlas. Unos minutos más tarde, volvió a su sitio.

—Lo siento, señor —dijo—. No tenemos registrada ninguna nave con ese nombre.

El Kid se quedó de una pieza.

—¿Seguro? —dijo.

—Absolutamente, señor —contestó la chica—. Nuestros registros están al día, como los de las otras Oficinas en los distintos

astropuertos.

—Pueden haberle cambiado el nombre —sugirió El Kid.

—En ese caso, deben notificar el cambio antes de las veinticuatro horas. Si el nombre de «Mar Tirreno» precediese de un cambio anterior, lo tendríamos ya registrado. A menos, claro, que el cambio de nombre se haya hecho ayer…

El Kid movió la cabeza.

—Ya lo tendría usted en su archivadora. Esa nave está en órbita por ahí… aunque no puedo precisar exactamente sus coordenadas.

—Eso es grave, señor —dijo la muchacha—. Si no comunican su cambio de nombre en el plazo prescrito por la ley, pueden sufrir serios contratiempos.

El Kid sonrió.

—Quizá me gastaron una broma, señorita —dijo—. ¿Tiene también registro de comandantes de astronave?

—Por supuesto. ¿Cuál es el nombre, señor?

—Una mujer. Myra Cuthbert.

—Se lo miraré al instante —contestó la servicial empleada.

Momentos después, El Kid recibía su segunda respuesta negativa.

—Ahora es cuando estoy seguro de que me tomaron lindamente el pelo —dijo—. Un millón de gracias, señorita.

—De nada, señor.

El Kid salió a la calle. Se puso un cigarrillo entre los labios.

Cuando iba a encenderlo, se fijó en un tipo parado en la esquina próxima.

El sujeto fingía estar ocupado en la lectura de un diario. El Kid adivinó en el acto que su ocupación era muy distinta.

Terminó de encender el cigarro y cruzó la calle oblicuamente. El hombre no pareció preocuparse por él.

La gente estaba ya en sus ocupaciones desde hacía bastante rato. La calle estaba casi completamente desierta.

El Kid continuó su camino apaciblemente. Llegó a la altura del espía.

En aquel sector, no había nadie más que los dos. El Kid sacó repentinamente la pistola y se la puso al tipo bajo las narices.

—Ahí, a dos pasos, hay un portal. Entra —ordenó.

El hombre se sobresaltó.

—¡Oiga! ¿Qué…?

El Kid lo agarró por un brazo con la mano izquierda.

—Camina, muchacho —gruñó.

Sus dedos parecían de hierro. El espía se dejó llevar.

Entraron en el portal. El Kid enfundó la pistola.

En aquel momento, el espía intentó sacar la suya. El Kid se lo impidió con un derechazo demoledor, que lo tiró contra el arranque de la escalera que conducía a los pisos superiores.

Luego se inclinó sobre él y lo desarmó. A continuación, lo agarró por la pechera de su blusa, lo izó a pulso y lo sostuvo fácilmente en el aire.

Era un hombre pequeño, esmirriado, una pluma en los brazos de El Kid. Aterrado, oyó la voz de su captor:

—Y ahora, habla o te lanzo contra el techo y tus sesos se quedarán allí estampados.

CAPÍTULO IV

EL hombrecillo se puso a lloriquear.

—Suélteme, yo no…

El Kid lo lanzó hacia arriba. El espía lanzó un grito de pavor cuando notó que sus cabellos rozaban el techo. Cuando caía, El Kid movió un brazo y le hizo perder el equilibrio. El resultado fue que el espía se estrelló de cara contra el suelo, en donde quedó, gimiendo de dolor.

El Kid le puso un pie en la nuca.

—¿Hablarás ahora? —preguntó.

—Sí… sí… —sollozó el espía.

—En primer lugar, dime cómo te llamas. No me gusta hablar con desconocidos; es de muy mala educación.

—Se… Semy Turs.

—¿Para quién trabajas?

Silencio. El Kid acentuó la presión de su bota.

—Para… para Anita, la dueña de «La Taberna del Español»… No sé más; ella me ordenó que le siguiera a todas partes… Me pagó cien créditos; es todo lo que puedo decirle, se lo juro.

El Kid se echó a un lado.

—Suficiente. Ponte en pie —ordenó.

Turs se incorporó, frotándose la nariz dolorida.

—¿Pue… puedo irme? —preguntó temerosamente.

El Kid se echó a reír.

—Nada de eso, amiguito —contestó—. Anita te ha ordenado que me sigas a todas partes. Vamos a complacerla.

Pateó la pistola de Turs y la envió bajo la escalera. Luego agarró el brazo del espía y le obligó a salir a la calle.

—Mantén cerrado el pico todo el rato y las cosas marcharán bien para ti —advirtió, a la vez que levantaba la mano libre para detener un taxi.

Entraron en el vehículo.

—Al astropuerto —ordenó El Kid.

—Volando, jefe —contestó el conductor.

* * *

Judy Sanger esperaba al pie de la astronave. El Kid observó que había cuatro individuos armados, situados en cuatro puntos distintos, rodeando el aparato.

—Ha tardado demasiado, capitán —le reprochó—. Son cerca de las once. Me desagrada la falta de puntualidad.

—He tenido trabajo —contestó El Kid. Empujó a su prisionero—. ¿Puede hacer que este tipo quede aislado al menos durante el día de hoy?

Judy miró asombrada al hombrecillo.

—¿Qué le ha hecho? —preguntó.

—Espía. No quiero que informe antes de la noche.

—Entiendo.

Judy se volvió y dio una orden. Dos de los guardias avanzaron hacia ellos.

—Encierren a este hombre hasta que el señor Colpin disponga su libertad.

—Bien, señora Sanger.

Turs fue llevado en volandas hasta el ascensor que conducía a la escotilla superior de la nave. Más de cerca del suelo había otra escotilla.

El Kid señaló la escotilla más baja.

—Entraré por ahí —dijo—. Quiero examinar primeramente ese maravilloso motor que hace alcanzar a esta nave ocho décimos de la velocidad de la luz.

—Me parece muy puesto en razón —aprobó Judy—. Sígame, Kid, por favor.

* * *

Estaba cansado, pero satisfecho. Iba a tripular una nave maravillosa.

Todavía le parecía sentir en sus manos el contacto de los metales pulidos y relucientes, las suaves superficies de los paneles de mando, el confortable mullido de los sillones y las literas…

Había muchos instrumentos, pero todos al alcance de la mano. Un solo hombre podía manejar aquella nave con la mayor facilidad. Solo tenía que adquirir la práctica suficiente para que sus manos volaran sobre el teclado de instrumentos, como si fuese un pianista interpretando una complicada sinfonía.

Lo conseguiría en breve tiempo, estaba seguro de ello.

El entrenamiento había durado todo el día, con un breve alto para tomar un refrigerio. Judy había quedado admirada de su capacidad de resistencia y al ver actuar a El Kid le había confirmado en lo acertado de su elección.

El Kid caminó pausadamente, sin prisas, por las calles de la ciudad cupular. Enormes hemisferios transparentes, unidos entre sí por amplios pasillos de sección semicilíndrica, mantenían la atmósfera en una presión normal. De otro modo, habría sido necesario usar las máscaras individuales de oxígeno.

Las luces de «La Taberna del Español» hirieron sus retinas. Atravesó un túnel de enlace, cuya esclusa se cerraría automáticamente, caso de pérdida de presión de una de las cúpulas, y se acercó al local.

Era grande, alargado, con dos pisos. Por las ventanas abiertas salía un inconfundible rumor de risas, voces, canciones y música. «La Taberna del Español» era uno de los locales de más fama de Puerto Ivanov.

Un alborotador fue arrojado a la calle sin más contemplaciones por dos fornidos camareros. El Kid pasó por encima del borracho y entró en la taberna.

Estaba atestada. Muchos, sin embargo, le reconocieron y murmuraron en voz baja. Indiferente a la expectación, El Kid avanzó hacia el mostrador.

De pronto, le pareció ver una cara conocida.

El hombre era algo más joven que él y de agradable presencia, aunque ahora parecía estar un tanto bebido. El Kid observó que jugueteaba con algo que hacía rodar por el mostrador.

Se acercó al individuo. De pronto, recordó su identidad.

—¡Lino! ¡Lino Peters! —exclamó.

Peters se volvió. Una sonrisa se formó en sus labios.

—¿Qué tal, Kid? —saludó—. ¿Qué haces por aquí?

—Lo mismo podría preguntarte yo, Lino. Me extraña verte en Marte, a decir verdad.

—Estoy de viaje de novios. Mi mujer se ha quedado indispuesta en el hotel. Yo tenía ganas de distraerme un poco, Kid.

—Vaya, con que te has casado. Te felicito, Lino.

—Gracias. Ella es una buena chica. Estoy muy contento. Mira, ¿qué te parece el regalo que voy a hacerle?

Peters alzó con dos dedos el objeto que hacía rodar por el mostrador. El Kid se quedó sin aliento.

—Una perla de Ganimedes —dijo.

—Sí —sonrió Peters—. Un poco cara, pero ella se lo merece todo.

—Esa perla vale un millón, Lino.

—No seas exagerado. La he sacado por algo menos de un millón.

El Kid hizo un frucimiento de cejas.

—¿De dónde, si puede saberse? —preguntó.

—De aquí mismo. Me lo recomendaron en el hotel. Doscientos mil «pavos», Kid… pero creo que dentro de medio año podré regalarle a mi mujer un saco de perlas como esta.

—¿Qué estás diciendo? ¿Te has vuelto loco? Además, ¿de dónde has sacado tú tanto dinero para…?

—Kid, Kid, ¿es que ya no recuerdas mi profesión? Aquella patente sobre metales ultraligeros me valió una porrada de millones. ¿Qué representan para mí doscientos mil del ala?

El Kid estaba lleno de asombro.

—No lo sabía, Lino. Te felicito. Eres un tipo con suerte.

—No puedo quejarme, Kid. Hombre, pero si no te he preguntado qué es lo que quieres beber…

—Gracias, Lino, pero voy de paso. ¿En qué hotel te alojas?

—En el Corona. Ven a comer con nosotros mañana; así conocerás a mi esposa. A ella le encantará también conocerte; le he hablado mucho de ti…

El Kid hizo un gesto con la cabeza.

—Lo siento, tengo trabajo —contestó—. De todas formas, gracias por la invitación, Lino.

—Como quieras, Kid. Oye, ¿has sabido algo de Lucía?

Los labios de El Kid se contrajeron.

—No, no he vuelto a verla jamás —contestó—. Ni sé tampoco dónde está, Lino.

—Perdón, olvidaba que este es un tema que no te gusta. Lo siento de veras, Kid.

—No te preocupes —El Kid palmeó los hombros de su amigo—. Hasta la vista, Lino.

Dejando a Peters, caminó hasta encontrar un hueco en el mostrador. Una camarera de exuberante anatomía le preguntó por sus gustos en bebida.

—Prefiero que me lo pregunte Anita —dijo El Kid, colocando sobre la barra un billete de veinte créditos.

El billete desapareció instantáneamente.

—Vaya a aquella puerta roja del fondo —indicó la mujer.

El Kid movió un poco la cabeza. Echó a andar y poco después, llamaba a la puerta.

El ojo de una cámara de televisión le escrutó unos instantes. Luego la puerta se abrió automáticamente.

—Entre —dijo una voz femenina.

El Kid cruzó el umbral. La puerta se cerró a sus espaldas.

Anita, la dueña de la taberna, era una mujer muy hermosa, de pelo intensamente negro y ojos verdosos. Vestía con elegancia y en torno a su garganta llevaba un collar de dos vueltas, de perlas ganimedianas.

—Hola, Kid —saludó la mujer.

—Hola, Anita —sonrió el hombre—. Estoy ahorrándole a tu espía un trabajo.

—¿Mi espía? No comprendo…

—Anita, no te hagas la desentendida. El espía se llama Semy Turs y lo tengo ahora a buen recaudo. ¿No te extraña el hecho de no haber recibido ningún informe desde que te dijo que yo había entrado en la O.C.T.E.?

Anita se mordió los labios.

—No tengo más que hablar contigo —dijo—. Vete.

—Te equivocas —contestó él—. Tenemos que hablar. Y mucho. Más de lo que te figuras.

El Kid dio un paso hacia delante, pero de pronto, se contuvo. Anita advirtió el gesto y sonrió.

—Vete, Kid —ordenó—. No puedes tocarme.

—¿Quién es Myra Cuthbert? —preguntó él—. ¿Dónde está ahora la nave «Mar Tirreno»?

—No sé nada de lo que me dices. Yo me limito a dirigir mi establecimiento…

—Y a vender perlas ganimedianas de contrabando. Formas parte de la organización que asalta las astronaves de la empresa Sanger, Anita. Pero, indudablemente, hay un jefe. ¿Es Myra Cuthbert ese jefe?

Anita apretó los labios.

—Por última vez; vete te digo o…

El Kid sonrió. De súbito, con gesto imprevisto, desenfundó la pistola de choque y apretó el gatillo.

CAPÍTULO V

UNA columna de aire, de unos diez centímetros de sección, comprimido a elevadísima presión, fue proyectada hacia delante. La columna chocó contra la mampara de vidrio que, llegando desde el techo hasta el suelo y las paredes laterales, protegía a Anita, y la hizo saltar con sonoro estrépito.

Anita intuyó lo que iba a suceder y se guareció tras su mesa. Los vidrios, del grosor suficiente para contener la arremetida de un hombre, velaron en mil pedazos.

El Kid no perdió el tiempo en contemplaciones. Saltó hacia delante, sin contenerse ahora, pegó una patada a la mesa y la volcó con tremendo fragor. Anita, ágil sin embargo, logró eludir el impacto, arrastrándose con rapidez.

Pero ya había perdido la iniciativa. El Kid calculó que afuera no se oiría nada; aparte de los ruidos propios del local, el interior de la puerta de la estancia estaba acolchado con una gruesa capa de aislante sonoro.

El Kid saltó sobre Anita y la agarró por un brazo y una pierna. Con el mismo movimiento, la izó a pulso y la lanzó al diván que había en el extremo opuesto de la habitación. Anita rebotó y cayó de nuevo y se quedó mirando con ojos aterrados a aquel hombre para el que no parecían existir los obstáculos.

Anita quedó boca abajo en el diván. El Kid se acercó a ella.

—Anoche, una tal Emma quiso matarme —dijo—. ¿La conoces?

—No, no sé quién es —contestó Anita.

Quiso levantarse, pero El Kid soltó un bufido.

—¡Quédate donde estás!

Anita palideció.

—No irás a matarme, ¿verdad?

—Depende del humor que tenga cuando termine.

—¿Cuando termines?

—Sí, de hablar contigo. Puede que el diálogo me resulte interesante y puede que no. En este último caso…

El Kid se pasó el índice por la garganta. Los ojos de Anita expresaron miedo.

—¿Qué… qué quieres saber? —preguntó.

—Primero, ¿por qué ordenaste a Turs que me vigilase?

—Me dieron orden de controlar todos tus movimientos.

—¿Quién?

—Myra Cuthbert.

—Antes dijiste que no la conocías.

—¿Qué diablos querías que dijese? —contestó Anita malhumoradamente—. Sí, fue ella la que me lo ordenó.

—¿Te envió algún espaciograma?

—Sí.

—Pero ese espaciograma, aunque haya sido redactado en código, ha tenido que ser registrado en el Centro de Control de Comunicaciones. Y allí se pide siempre la posición de la nave o no se transmite el despacho. Claro que —explicó El Kid—, se puede dar una posición falsa, pero si una patrullera lo comprueba, al capitán de la nave se le cae el pelo. ¿Qué tienes que decirme a todo esto?

—Tengo mi propia emisora —contestó Anita.

El Kid silbó.

—Eso cuesta dinero… y, además, está prohibido.

Anita hizo un gesto de indiferencia.

—Tengo un par de funcionarios apuntados en mi nómina —contestó.

—Comprendo. De modo que perteneces a la organización de Myra Cuthbert.

—Sí.

—¿Te manda ella las perlas ganimedianas para que las vendas aquí de contrabando?

Anita apretó los labios. El Kid se inclinó y le asestó una tremenda palmada en el carnoso final de la espalda. Anita pegó un chillido.

—¡Contesta! —pidió el hombre.

—Sí, me las envía, pero no demasiadas.

—¿Cuántas?

—Treinta o cuarenta cada vez y muy irregularmente.

—Si tenemos en cuenta que no le cuestan nada, vender una perla ganimediana por doscientos mil créditos, es una bonita ganancia.

—Hay que pagar a la gente de la organización, no lo olvides. Y son sueldos elevados…

El Kid frunció el ceño.

—Myra está a bordo de su astronave —dijo—. No me parece el mejor sitio para dirigir una organización. ¿Tiene algún jefe por encima de ella misma?

Anita guardó silencio. El Kid supo que su pregunta había dado en el blanco.

Empezó a inclinarse de nuevo, con la mano abierta. Anita lanzó un grito de pánico.

—¡No! ¡Basta!

—Bien, habla. ¿Quién es el jefe?

—Mira, Kid… la verdad, no lo sé exactamente. Sé que hay alguien por encima de Myra… pero no sé su nombre. Myra no lo ha pronunciado nunca. Cada vez que ha hablado de ese jefe, y no han sido muchas, créeme, solo decía: «Ella lo manda así…» Eso es todo, te lo aseguro, Kid.

El hombre se tiró del labio inferior con gesto pensativo.

—«Ella» —replicó—. Una mujer. ¿No has conseguido saber dónde tiene su cuartel general?

—No. Myra no ha soltado prenda al respecto.

—Está bien. Puedes ponerte en pie.

Anita se incorporó, frotándose con la mano, el dolorido lugar donde había recibido poco antes un monumental azote.

—Eres un bruto —se quejó—. Pegas como una mula.

El Kid sonrió.

—Peor podía haberte resultado la broma. Y ahora…

De pronto, advirtió en los ojos de Anita un brillo singular.

El Kid se volvió con gesto centelleante. Mientras desenfundaba la pistola, pensó que la puerta se abría ahora desde fuera, sin duda porque, al volcar la mesa, se habían desconectado los mecanismos de bloqueo automático.

Un hombre apareció frente a él, empuñando una pistola térmica. Era lento para enfrentarse con El Kid.

La pistola de choque emitió una comprimida columna de aire que fue a golpear el pecho del pistolero, lanzándolo hacia atrás con la potencia de una coz de mula. El hombre cayó de espaldas, gimiendo sordamente, mientras jadeaba en busca de aire para sus maltratados pulmones.

El Kid se le acercó, lo desarmó y luego lo redujo a la inconsciencia con un «toquecito» de su pistola en la sien. Acto seguido, se volvió hacia Anita, a la vez que alargaba hacia ella la mano izquierda.

—Las perlas —pidió.

—Kid, por favor…

—¡Las perlas! —exigió él implacablemente—. Vas a perder un montón de dinero, pero, ¿prefieres que salga al local y te lo destroce a tiros? Con media docena de disparos, te lo dejaría arrasado y tú lo sabes bien, Anita.

La mujer suspiró.

—Si no hay otro remedio… —se lamentó.

—No, no lo hay —contestó El Kid fríamente.

Momentos después, tenía en la mano un saquito de regular tamaño que contenía, estimó, de treinta y cinco a cuarenta perlas. Los ojos de Anita despedían lágrimas de rabia.

—Maldito —gimoteó cuando El Kid abría ya la puerta.

Pero El Kid no hizo caso de la imprecación. Aunque no se podía decir que había adelantado gran cosa, al menos se retiraba con la satisfacción de haber asestado un pequeño golpe a la organización que estaba buscando la ruina de Judy Sanger.

Por la mañana, El Kid llegó leyendo un periódico al lugar de entrenamiento. Judy lo observó y frunció el ceño.

—Muy entretenido parece usted en la lectura —dijo.

—El diario trae noticias interesantes —sonrió él—. Se ha descubierto una emisora clandestina y su propietaria ha sido arrestada, junto con el operador que la manejaba y dos funcionarios del Centro de Control de Comunicaciones que se habían prestado al enjuague.

Judy enarcó las cejas.

—Y eso, ¿qué puede importarnos a nosotros? —exclamó.

El Kid dobló el periódico y sonrió.

—Mucho —contestó—. Mucho nos importa, porque por medio de esa emisora, se recibían los mensajes que podían perjudicarnos. Y se transmitían otros relativos a movimientos de naves cuyo cargamento podía interesar a los piratas de la «Mar Tirreno», aparte de las perlas, claro. ¡Ah! —exclamó El Kid súbitamente—, olvidaba una cosa. Tome.

Judy cogió con mano poco segura el saquete lleno de perlas que le entregaba el hombre.

—¿De dónde lo ha sacado usted?

—Las contrabandeaban en «La Taberna del Español» —contestó él con indiferencia—. Su precio es una quinta parte del que me indicó usted.

—¡Bandidos! —exclamó Judy con acento de furor.

El Kid la miró fijamente.

Judy lo notó y se sintió irritada.

—¿Por qué me mira así? —preguntó.

—Oh, nada… no se preocupe…

—¿Acaso le sienta mal que los califique de bandidos?

—Si roban lo ajeno, ¿qué otra cosa son?

—Sí, ya sé lo que piensa usted —dijo Judy excitadamente—, que también a mí se me puede aplicar ese calificativo, porque cobro un millón por perla, pero es el único yacimiento, es mío y tengo derecho a explotarlo y sacarle el mayor rendimiento posible. ¿Acaso va a negarme esto que le digo?

—Por supuesto que no —respondió él sosegadamente—. Y todo depende de gustos, pero yo no me gastaría en una de esas bolitas ni un décimo de crédito.

—Aguarde a que encuentre una mujer que le agrade y ya me lo dirá entonces —dijo Judy irónicamente.

—Eso tardará mucho en suceder, lo de encontrar la mujer que me guste, pero si solo me ha de querer ella por mi capacidad adquisitiva en el mercado de perlas, preveo que no encontraré jamás ninguna en esas condiciones.

—Tal vez —admitió Judy con altanería—. Bueno, dejémonos de comentarios estúpidos y al trabajo.

—Sí, al trabajo, que también es otra cosa estúpida… sobre todo, si se piensa que me juego el cuello por unos miles de créditos.

Judy enrojeció vivamente, pero no dijo nada. Entró en el ascensor y El Kid la siguió en el acto.

Los entrenamientos prosiguieron durante dos semanas, al cabo de cuyo tiempo, El Kid estimó que ya se encontraba en condiciones de pilotar la nave.

—Partiré cuando usted lo disponga —manifestó.

—Mañana, sin falta —respondió ella—. Le enviaré un sobre con instrucciones y documentos de identidad, para que le entreguen el cargamento en Ganimedes. Mientras tanto, me ocuparé hoy de despachar la documentación de la nave, para que no haya problemas en el momento del despegue.

—Muy bien. En ese caso, me tomo el resto del día libre y voy a resarcirme de estas dos semanas de trabajo.

Judy hizo una mueca de desprecio.

—El alcohol es el peor enemigo de los astronautas —dijo.

—Sí, pero cuando están en el espacio. Cuando están en tierra, conforta mucho, créame —contestó El Kid con la sonrisa en los labios.

CAPÍTULO VI

CUANDO entró en su habitación del hotel, le esperaba un individuo armado con una pistola idéntica a la suya.

Era un hombre de cara redonda y cejas espesas, en cuyos labios flotaba una sonrisa irónica.

—Se le saluda, Kid —dijo—. ¿Tiene inconveniente en poner las manos sobre la nuca?

El Kid obedeció. Entonces, el hombre dijo:

—Chetty, desármale.

El Kid sintió entonces a sus espaldas dos cosas: la presión de una pistola y un perfume femenino. Una mano se apoderó de su pistola de choque.

—¿Y bien? —dijo, una vez hubo quedado inerme.

El hombre cejijunto se puso en pie.

—Ahora va a venir con nosotros —contestó—. No se resista, por favor.

—¿Vamos… de «paseo»? —preguntó El Kid.

—Algo por el estilo —dijo el hombre evasivamente—. Salga.

El Kid giró en redondo. Delante de él tenía a una fornida joven, que le apuntaba con una pistola de choque.

La suya estaba sujeta en el cinturón de la mujer. El Kid la miró fijamente.

—¿Por qué no se dedica al hogar, al marido y a los hijos?

—No me hable de cosas pasadas de moda —contestó ella bruscamente—. ¡Salga!

El Kid se vio constreñido a obedecer. Sus secuestradores le condujeron a la puerta de servicio, donde frente a la misma aguardaba un coche de color negro.

—Entre —le ordenaron.

El Kid obedeció. Casi en el mismo instante, Chetty, le entregó una capucha negra.

—Póngasela y átasela en la nuca —ordenó.

El Kid perdió la visión segundos después. El coche arrancó de inmediato.

El Kid se sentía tranquilo. Por el momento, se dijo, no pretendían matarle. Iban a llevarle a algún sitio secreto y no querían que supiese adonde le conducían.

Probablemente, calculó, le formularían alguna proposición. Lo que ocurriera después, dependía de si aceptaba a rechazaba la proposición.

Se dio cuenta de que el auto daba muchas vueltas y revueltas por las calles de la ciudad. Lo avanzado de la hora facilitaba la maniobra.

Treinta minutos después, notó que el coche se detenía.

Chetty abrió la portezuela.

—Deme la mano, Kid —pidió—. No intente jugarme una mala pasada; Bob caminará detrás de usted con una pistola en la mano.

«No pronuncian apellidos, solo nombres y aún corrientes», pensó El Kid, mientras se dejaba guiar por la joven.

Entró en una casa y subió unas escaleras. Luego advirtió que penetraba en una habitación.

—Tiene una silla detrás de usted —dijo Chetty—. Siéntese y espere tal como está.

El Kid obedeció. La pistola de Bob se apoyaba en su nuca.

Sonaron unos ligeros chasquidos. Pasado medio minuto, El Kid oyó la voz de Chetty:

—Todo listo para la transmisión, señora.

—Adelante, pues —contestó una mujer de voz gruesa, casi hombruna.

—Quítese el capuchón, Kid —ordenó Bob.

El Kid lo hizo así, viéndose frente a una pantalla de televisión de regulares dimensiones, encima de la cual había un objetivo captor de imágenes.

En la pantalla divisó una cabeza humana, pero el rostro resultaba invisible, debido al espeso velo negro que lo cubría. La cabeza ocupaba todo el espacio de la pantalla; era imposible ver

más detalles, ni siquiera el cuello o los hombros.

—Hola, Kid —saludó la mujer—. Tienes muy buen aspecto, a decir verdad.

—¿Me conoce usted, señora?

—Más de lo que crees —contestó ella—. Pero eso no importa ahora. Hablemos de negocios, Kid.

—Hablemos, pues —convino el hombre.

—Ponte a mi lado, no te sitúes en la acera de enfrente —pidió ella.

—¿Me teme?

—Sí, a decir verdad. No te quiero por enemigo, Kid.

—¿Qué condiciones me ofrece, señora?

—La vida —respondió la mujer fríamente.

—Un buen precio, señora —admitió El Kid sin perder la calma.

—Adornada con sustanciosas compensaciones, desde luego. Pero tu vida será el premio principal si te pones a mi lado.

—¿Y si me niego?

—No saldrás vivo de esa habitación.

El Kid reflexionó unos segundos.

Todo se desarrollaba como había previsto. Una proposición y unas condiciones. Viviría si las aceptaba. En caso contrario…

Chetty estaba a su lado, apuntándole con la pistola de choque. Bob se hallaba tras él. Su pistola continuaba apoyada en la nuca. El disparo le quebraría las vértebras, a tan corta distancia.

—Enséñeme la cara —pidió—. No me gusta trabajar para gente desconocida.

—No —contestó la mujer—. Lo sabrás si aceptas. Entonces, cuando yo lo crea necesario, te traerán a mi cuartel general…

—¿Lo saben estos dos que me han secuestrado?

—¿Me crees tan estúpida? —rio ella—. Solo conocen el canal que sirve para contactar conmigo, eso es todo.

—Por lo visto, la destrucción de la emisora clandestina de Anita no ha servido de nada —comentó El Kid.

—Pobre de mí, si solo pudiera disponer de una persona en Puerto Ivanov. Mi organización es mucho más extensa de lo que crees, Kid… pero no quiero entrar en detalles. ¿Aceptas o no?

La voz de la mujer era gruesa, casi masculina. Parecía como si ella padeciese algún defecto en el aparato de fonación, pero, de

todas formas, a El Kid le parecía vagamente conocida.

Él y la mujer se conocían, indudablemente. Y si no era así, ¿por qué el velo con que ella ocultaba cuidadosamente sus facciones?

De pronto, ladeó su cabeza a la izquierda, a la vez que empujaba hacia atrás con los pies.

El respaldo de la silla golpeó el estómago de Bob, derribándole de espaldas. La voz de la mujer del velo sonó con trémolos irritados:

—¡Mátale, estúpida! —gritó.

Chetty le apuntó con el arma. El Kid se tiró al suelo, rodó dos veces sobre sí mismo y estiró las piernas, golpeando las rodillas de la joven.

Chetty elevó ambos brazos, trastabilló y cayó de espaldas. Su cabeza chocó contra la pared y se quedó inmóvil.

El Kid se puso en pie de un salto. Aturdido en parte, Bob se incorporaba en aquellos momentos. El Kid saltó hacia él y le agarró la mano armada.

Luego tiró con fuerza, a la vez que giraba velozmente sobre sus talones. Describió un semicírculo y abrió las manos.

El hombre salió catapultado con tremendo impulso. Corrió unos metros, inclinándose gradualmente, como si fuera a caer, pero en el camino se encontró con el televisor.

Su cabeza rompió la pantalla y penetró hasta el fondo del artefacto. Se oyó una fuerte explosión y el televisor empezó a despedir chispas y humo en abundancia.

Bob gritó horriblemente y pataleó con frenesí. La sangre empezó a caer al suelo, todavía metida su cabeza dentro del televisor.

El Kid se inclinó y recogió una pistola. Lanzando un horrible suspiro, Bob cayó al suelo. El Kid apartó la vista, a un lado; aquel hombre estaba degollado por una de las astillas de vidrio de la pantalla.

No era agradable, pero tampoco para llorar su muerte. Bob le hubiera matado sin vacilar. Se acercó a Chetty y comprobó que estaba solamente desmayada. Después de desarmarla, salió de la estancia, encontró un dormitorio y volvió con un par de mantas, con las que cubrió los sangrientos despojos del pistolero.

Chetty empezaba a rebullir. El Kid la agarró por un brazo y la hizo ponerse en pie.

Ella le miró con ojos turbios.

—¿Qué… ha pasado? —preguntó.

El Kid le señaló el bulto que había bajo las mantas. Luego le indicó el televisor.

—Metió la cabeza ahí dentro y se cortó la yugular —explicó someramente.

Chetty se estremeció. El Kid la sacó fuera del cuarto.

—¿Quién era la mujer de la pantalla? —preguntó.

—No lo sé. Nunca le hemos visto la cara —contestó Chetty.

El Kid arqueó las cejas.

—¿Siempre se presenta con velo negro?

—Siempre.

—Al menos, sabrás dónde está.

—No, no tengo la menor idea.

El Kid empezó a enojarse.

—Chetty, no me hagas perder la paciencia —gruñó—. He estado hablando con esa prójima y al efectuar la conexión, tú tienes que conocer a la fuerza el canal que…

—Lo siento —dijo Chetty, sentándose sobre la cama. Su voz era ahora opaca, sin apenas inflexiones—. Un día, recibimos ese televisor y un sobre con dinero.

—¿Recibimos…?

—Sí. Bob y yo… Vivíamos aquí, en esta misma casa…

—¿Qué hacía Bob? —quiso saber El Kid.

Ella le miró fijamente.

—¿No te lo figuras? —contestó.

—Ya —murmuró El Kid—. Matón profesional.

—Sí —admitió Chetty—. Recibimos el televisor y el dinero. Dentro del sobre había unas líneas escritas. Se nos comunicaba el canal que debíamos utilizar cuando recibiéramos la señal de llamada y se nos ordenaba que uno de los dos permaneciese constantemente en la habitación donde está el televisor.

—¿Y…?

—Funcionó pocas veces. Cada una de ellas, sin embargo, era una orden de ejecución. Bob las cumplimentaba inmediatamente. Cuando lo comunicábamos, a los pocos días recibíamos un sobre con cierta suma, no escasa por cierto.

El Kid sintió que se le revolvía el estómago. Aquella mujer hablaba de asesinatos de personas como si se tratase de pollos

muertos para el consumo.

—¿Quién os enviaba el sobre?

—Llegaba por correo. No traía señas. Es todo lo que sé.

El Kid se quedó pensativo unos momentos.

Chetty ya no le diría nada más interesante. Ella no había ejecutado las sentencias de muerte, pero era tan asesina como el hombre que había muerto con la cabeza dentro de un televisor.

De súbito, sin previo aviso, disparó su puño.

Chetty cayó sin sentido, atravesada sobre la cama. El Kid la miró con ira.

—Mucho tendrás que explicar a la policía cuando encuentran el cuerpo de tu amigo —masculló, mientras se dirigía hacia la salida.

CAPÍTULO VII

AVANZÓ con paso firme hacia la nave. En una mano llevaba la carpeta con la documentación y en la otra un maletín con su equipaje.

Momentos después, estaba sentado en el puesto de mando. Comprobó los instrumentos, llamó a la torre de control y pidió permiso para despegar.

Un infierno se encendió en las entrañas de la nave. Los chorros empujaron al aparato, lentamente al principio, con gradual aumento de la velocidad, hasta que, minutos después, se convirtió en una bala de plata que surcaba raudamente el espacio.

El Kid permaneció sentado hasta que el aparato hubo adquirido una velocidad suficiente para no temer ya los efectos de la aceleración. A partir de aquel momento, el aparato continuaría ganando velocidad, pero de un modo relativamente insensible y sin efectos perniciosos sobre el organismo.

Realizó las últimas operaciones de control y conectó el piloto automático. Tenía tiempo de sobra hasta llegar a Ganimedes.

Se levantó, un tanto enervado por la tensión lógica de los momentos del despegue y del establecimiento de órbita. La nave, aun dentro de su relativa pequeñez, era amplia y cómoda. No había agobios de espacio.

Aunque iba él solo a bordo, la nave tenía capacidad para media docena de pasajeros, cómodamente instalados. En caso de gran urgencia, podía acomodar incluso el doble.

El Kid estimó que una taza de café le sentaría bien. La nave disponía de una cocinilla, con otra puerta que daba directamente al departamento conservador de alimentos. Abrió la puerta y se

encontró a Judy junto a la cafetera eléctrica.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó, sorprendido.

Ella le miró ligeramente y sonrió. Vestía una especie de túnica negra, de seda muy brillante, de cuello cerrado, mangas de amplio vuelo y falda que terminaba a veinte centímetros de las rodillas. En la espalda tenía bordado un gran dragón chino, estilizado, en rojo y oro.

—Ya lo ve —contestó Judy—; preparando dos tazas de café.

El Kid frunció el ceño.

—Con esto no había contado yo —murmuró.

—No se lo advertí, ¿verdad? Lo siento; estimé conveniente guardar el secreto hasta después del despegue. No quería que nadie se enterase.

—¿Ni los funcionarios del astropuerto?

El café empezó a llenar las tazas.

—Soy un polizón en mi propia nave —sonrió la joven—. Mi paradero es ahora absolutamente desconocido para todo el mundo, salvo para usted, como es lógico.

Le entregó una taza de café. El Kid la tomó con aire perplejo.

—Esto podría costarme caro —dijo.

—¿Por qué? No hay delito que se castigue si se ignora —Judy se reclinó en el mostrador de la cocina, con la taza y el platillo en las manos—. Además, me convenía actuar así.

El Kid empezó a pensar.

De pronto, creyó haber hallado la solución.

—Usted viene a Ganimedes conmigo, ¿verdad?

—Claro. ¿A qué otro sitio podría ir?

—Me estoy figurando lo que sucede. Usted quiere, sorprender a su marido.

Judy se incorporó un poco, pero volvió a recostarse contra el mostrador.

—Absurdo —dijo.

—¿Por qué? Usted está casada. A menos que le haya enviado un despacho, lo cual no resulta lógico, si quiere mantener un secreto cerrado.

Judy movió la cabeza.

—Los motivos son muy distintos —manifestó.

—¿Puedo conocerlos?

—Quiero estudiar la situación por mí misma. Tal vez, en el propio yacimiento de perlas, tengo un traidor.

—El cual, como es lógico, informa a la organización que le roba los envíos de perlas.

Judy asintió.

—Tiene que ocurrir así, no puede ser de otro modo —dijo.

—Oiga, creo que es usted una mujer de suerte. Usted, o su esposo, tanto da, encontraron, denunciaron y explotan el único yacimiento de perlas ganimedianas que se conoce por ahora. Ejercen un monopolio, que no puede ser atacado legalmente, porque no se trata de cosas de interés general, sino de objetos de lujo… y el que quiere un lujo, ha de pagárselo. Al fisco no le interesa entonces sino recaudar su parte de impuestos.

—Muy lógico, pero, ¿adónde quiere ir a parar, Kid?

—Sencillísimo, señora Sanger. Si usted y su esposo poseen el único yacimiento de perlas ganimedianas, resulta lógico que haya mucha gente que conozca su exacta ubicación en la superficie del satélite de Júpiter.

—Sí, así parece —convino Judy sosegadamente.

El Kid terminó su café y dejó la taza a un lado.

—Entonces, nada más sencillo para una banda de granujas que apostarse en las inmediaciones de Ganimedes. Cada vez que ven despegar una nave del sitio donde está el yacimiento perlífero, saben que esa nave lleva un cargamento, la atacan y…

Judy asintió.

—Así debe de ocurrir, en efecto; pero ya ha pasado demasiadas veces y quiero que acabe para siempre con esa banda.

—Aparecerán otras, ya lo verá —dijo El Kid en tono pesimista.

—Si usted hace un escarmiento con mis enemigos, los demás se lo mirarán mucho antes de dar un nuevo golpe.

El Kid hizo una mueca.

—En los primeros tiempos, sí. Luego, nosotros adquiriremos confianza y nos descuidaremos… y otros harán acopio de valor y nos asaltarán.

—Pues sí que me pinta usted un panorama confortador —dijo Judy en tono de queja.

—Expreso mi opinión acerca de lo que puede ocurrir, después, suponiendo que ahora salgamos con el pellejo intacto.

—¿Teme que nos ataquen? —preguntó ella.

—Tarde o temprano, nos atacarán. Y «Ella», es decir, la jefe de la organización, sabe que yo voy a bordo y tratará de destruir la nave por todos los medios.

—¿Cómo lo sabe usted?

El Kid hurgó en sus bolsillos y sacó un pitillo. Judy, muy nerviosa, se lo quitó de los dedos.

—Vamos, contéstame —pidió.

—Muy sencillo. Anoche, una vez más, intentaron asesinarme —dijo El Kid mientras acercaba la llama de un fósforo al pitillo que Judy sostenía con labios temblorosos.

* * *

Sentado en el sillón del piloto, El Kid contemplaba el estrellado panorama que se ofrecía ante sus ojos.

Júpiter aparecía en la lejanía como una bola rosa gris, con ligerísimas vetas de un verde muy tamizado. Algunos de sus satélites aparecían como chispitas luminosas a su alrededor.

El velocímetro marcaba la cifra 230. Avanzaban a razón de doscientos treinta mil kilómetros por segundo, una velocidad algo inferior a la máxima, que era de doscientos cuarenta mil. El cielo parecía ensancharse por delante, desapareciendo luego a los lados. Júpiter aumentaba de diámetro casi a ojos vistas.

Era una velocidad excesiva, se dijo El Kid. Apenas conseguida, ya tenían que empezar a frenar. La nave podía resultar más útil para largas distancias, de extremo a extremo del Sistema Solar. Para intervalos más cortos, su velocidad resultaba excesiva.

Manejó la palanca reductora. Las cifras, muy lentamente, empezaron a descender. 229… 228… 227…

Sintió pasos detrás de sí. La esfera del velocímetro continuaba girando en sentido inverso. 226… 225… 224… 223…

—¿Tardaremos mucho? —preguntó Judy, con las manos apoyadas en el respaldo del asiento.

—Veinticuatro horas. La maniobra de deceleración consumirá demasiado tiempo. Eso es lo malo de estas naves; alcanzan una velocidad bestial.

—Pero son buenas y rápidas. Los piratas no nos alcanzarán.

—¿Usted cree? Esa gente siempre anda al corriente de los

últimos adelantos tecnológicos. De lo contrario, se pondrían a pedir limosna.

—No sea sarcástico —Judy se deslizó a un lado y se sentó en el sillón contiguo. Su túnica, de corte idéntico a la anterior, era ahora de color púrpura, pero lisa, sin bordados, solo con orlas doradas en el cuello, mangas y el borde de la falda—. Le gusta mucho hablar con acritud, señor Colpin.

—Expreso lo que siento. ¿Acaso querría que le endulzase el panorama, diciéndole que las naves que usan los piratas son unos cascajos?

—Está amargado, Kid. Hace quince años tuvo un fracaso sentimental y todavía le dura. Se le advierte en todos sus actos, en sus palabras… incluso en su cara…

—Deje en paz mi vida privada —gruñó él—. No me gusta que me recuerden ciertas cosas.

Judy se ladeó en el sillón y le miró con expresión sonriente.

—¿Era muy guapa, Kid?

—¿Quiere callarse de una vez?

—Soy mujer. Soy curiosa —dijo Judy.

—¡Váyase al diablo!

—Era muy hermosa, no cabe la menor duda. ¿Qué vio en el otro que usted no tuviera?

La frente de El Kid se cubrió de sudor. Cerró los ojos.

—Antaño le pasaba mucho a los marinos que permanecían largo tiempo ausentes del hogar. Ahora les sucede a los astronautas —contestó.

—Aburrimiento, ¿eh?

—Parece lógico pensar así.

—Pero destrozó su vida.

—A los veinticinco años, uno se toma las cosas demasiado en serio.

—Y a los cuarenta, sigue haciendo lo mismo. Todavía le escuece, Kid.

—Me gustaría verla a usted en una situación análoga, señora Sanger.

—¡Qué sabe ust…! —dijo ella sorprendentemente—. Tiene usted razón; será mejor que dejemos el tema a un lado.

El Kid volvió la cabeza hacia la joven, profundamente intrigado

por sus palabras. Pero antes de que pudiera decir nada, Judy le señaló una lámpara que centelleaba con rapidez en el cuadro de mandos.

—Alguien llama, Kid —indicó.

Los ojos de El Kid se fijaron en la pantalla del radar.

—Tenemos una nave por delante —contestó—. Está pidiendo comunicación. ¿Qué hago?

—Puede tratarse de una patrullera de la policía espacial.

—No. Las patrulleras emplean un código bien definido. Se advierte en el acto.

—¡Pero todavía no ha conectado la radio!

—Porque esa nave se mueve a demasiada velocidad y las patrulleras, hoy por hoy, son unas carretas comparados con nosotros. Y con los otros. Por si llueve, abriré los circuitos de fuego antes de contestar.

La lámpara continuaba centelleando insistentemente. El Kid movió las manos sobre los controles con rapidez y eficiencia. Luego, como final, golpeó un interruptor.

—Veamos de quién se trata —dijo.

La pantalla de televisión del cuadro de mandos se iluminó casi instantáneamente. Una singular imagen apareció entonces a la vista de los dos ocupantes del aparato.

Era la proyección de una bandera ondeando al viento.

La bandera era negra. En el centro, tenía una calavera y dos tibias cruzadas.

—¡Los piratas! —exclamó Judy.

Una voz femenina irrumpió en la cabina.

—Rogamos atiendan nuestra llamada —dijo la mujer—. Nos disponemos a abordarles. No opongan resistencia o haremos saltar su nave en mil pedazos.

CAPÍTULO VIII

JUDY miró angustiada a El Kid. La captura parecía inminente.

En determinadas ocasiones, El Kid no hablaba: actuaba.

Presionó un botón.

—No pensamos entregarnos —dijo lacónicamente.

Un ligero estremecimiento sacudió la nave. Delante de ellos, alejándose con marcha vertiginosa, apareció una raya roja.

La voz de la mujer sonó de nuevo:

—Es inútil que traten de contraatacar. Estamos bien defendidos.

—Ya lo veremos —rezongó el Kid. Treinta segundos más tarde, apretó otro botón.

Pasó un minuto. De repente, a unos ochenta mil kilómetros de distancia, empezaron a verse una serie de relámpagos deslumbradores, que aparecían y desaparecían con singular rapidez.

—Es un proyectil centelleante —explicó El Kid.

Judy asintió. Un proyectil de aquel género, al estallar, se dividía en varios millares de granadas más pequeñas, que reventaban con intensísimos resplandores. A menos que lograse un impacto directo, sus consecuencias no eran funestas.

Pero los pilotos adversarios quedaban desorientados, cegados por las explosiones. Además, los instrumentos electrónicos sufrían alteraciones, ya que las explosiones emitían al mismo tiempo descargas eléctricas, cuyas emisiones interferían el funcionamiento de todo aparato detector, visual o sonoro.

—¡Ellos han disparado también un proyectil! —gritó Judy de pronto.

El Kid no dijo nada. A ojo desnudo, podían apreciar el avance del torpedo enemigo hacia la nave.

—Recuerde que yo he disparado un segundo torpedo —dijo él.

Y presionó un tercer botón de lanzamiento.

Entonces, a treinta mil kilómetros, se produjo una explosión que barrió las tinieblas en un radio de millares de kilómetros.

—El proyectil meteorítico ha funcionado satisfactoriamente —dijo El Kid—. Su torpedo ha explotado de manera inofensiva.

Envió un cuarto proyectil. El tercero era también de tipo centelleante.

—Están desorientados —dijo El Kid—. Pero ahora van a saber lo que es bueno.

La voz de la mujer entró en la cabina. Sonaba distorsionada. Las explosiones del segundo proyectil centelleante distorsionaban terriblemente la emisión y resultaba casi imposible entender lo que decía.

—Está muy irritada —comentó Judy.

—Yo diría más bien asustada —opinó El Kid.

Y, de súbito, la voz femenina se apagó de golpe.

—Ya está —dijo él.

—Está, ¿qué?

—El proyectil meteorítico. Ha alcanzado la nave enemiga y la ha llenado de agujeros.

Judy se estremeció.

—Así, pues… han muerto todos sus tripulantes.

—¿Qué hubiera pasado si no nos hubiésemos rendido? —preguntó él.

Ella sacudió la cabeza.

—No sé —murmuró—. Quizá hubiera sido mejor entregarnos… Eran unos forajidos, pero, ¿resultaba absolutamente necesario que destruyera su nave?

—¿Recuerda usted a los pilotos que tripulaban sus naves asaltadas? ¿No está pagando una pensión a sus viudas?

—Sí, pero…

—Señora, si quiere obtener resultados, deje los sentimentalismos a un lado —dijo El Kid duramente—. Ellos nos hubieran secuestrado, sí, pero más tarde, nos hubiesen quitado de en medio. Por lo menos, a mí. Y todavía tengo a mi pellejo en bastante estima.

Judy calló. No estaba muy convencida, pero los argumentos de El Kid, bien mirado, resultaron irrefutables.

El Kid manejó el telescopio conectado al televisor. Segundos después, tenía en pantalla la imagen de la nave pirata.

—Vamos a acercarnos a investigar — propuso—. Dentro de una hora podremos trasbordar.

—Oiga —dijo Judy—, esa nave seguía nuestra misma órbita. Bueno, al menos, una paralela.

—Claro que sí. No iba a volar en sentido opuesto. Nos habríamos cruzado sin vernos siquiera. Simplemente, estaba al acecho.

—Lo cual significa que alguien les informó de nuestra partida.

—Esa banda tiene espías por todas partes —afirmó El Kid ceñudamente—. No le extrañe que conozcan cada uno de sus pasos, incluso que está usted a bordo.

—Pero yo vine sin que nadie se enterase…

—Usted no está acostumbrada a burlar a un perseguidor —dijo él—. ¿No recuerda que la mujer habló en plural?

Judy asintió.

—¿Será Myra Cuthbert? —murmuró.

—Antes de una hora podremos confirmarlo —contestó El Kid.

La predicción de tiempo resultó exacta. Sesenta minutos después, las dos naves volaban separadas por una distancia de menos de cien metros.

A través de uno de los «ojos de buey», Judy pudo contemplar los terribles efectos de la bomba meteorítica.

Todo el costado de babor de la nave pirata estaba lleno de agujeros, de un diámetro de dos o tres centímetros. La bomba meteorítica, al explotar a corta distancia de su objetivo, despedía millares de pequeños proyectiles esféricos, que salían proyectados a altísimas velocidades.

La explosión era direccional, de modo que la dispersión de los meteoritos artificiales no se hacía en forma esférica, sino cónica, hacia adelante. Una nave situada a quinientos metros del centro de explosión, resultaba irremisiblemente destruida.

El Kid examinó también el casco con mucha atención.

—No es la «Mar Tirreno» —murmuró, defraudado.

El nombre que aparecía pintado en el casco era «Tynn». Las letras aparecían con numerosas perforaciones.

El Kid maniobró hasta que las dos naves estuvieron casi

tocándose. Entonces dijo:

—Voy a ponerme el traje espacial. Quiero ver lo que hay dentro de esa nave.

—Le acompañaré —declaró Judy.

El Kid no creyó conveniente oponerse a los deseos de la joven. Fue al vestuario y empezó a ponerse su traje de vacío.

Judy tardó más, puesto que tuvo que cambiarse de ropa previamente. Al fin, treinta minutos más tarde, estuvieron listos.

Pasaron a la esclusa. El Kid abrió la compuerta interna y se lanzó al espacio. Una soga de seguridad le unía a su nave.

Ella le siguió instantes más tarde. Flotando lentamente en el vacío, alcanzaron las lucernas de la cabina de proa.

A través del vidrio, vieron a los pilotos muertos sobre sus sillones. Judy se estremeció.

Uno de los pilotos era mujer. Tenía un aspecto horrible.

—El mismo aspecto tendría usted si no nos hubiésemos defendido —dijo El Kid a través de la radio, adivinando los pensamientos de la joven.

Judy asintió en silencio. El Kid agregó:

—La escotilla está cerrada. Tendremos que entrar a través de una de las lucernas.

—El cristal es muy fuerte, Kid.

—Lo sé. Vuelvo a la nave para traerme un soplete.

—Le espero aquí —dijo ella.

El Kid tardó pocos minutos en volver. La llama del soplete fundió en cuestión de segundos el cuarzo de una de las ventanas de la cabina.

El hueco era amplio y pudieron pasar sin dificultades. El Kid buscó por todas partes, hasta encontrar el diario de navegación.

—Será interesante examinarlo más adelante —dijo.

Luego salieron de la cabina. Había agujeros por todas partes. Encontraron tres cadáveres más.

Dos de ellos eran de mujeres. Parcialmente habituada ya a aquel horrible espectáculo, Judy observó:

—No era una tripulación muy numerosa, Kid.

—Suficiente para sus propósitos, señora Sanger.

El Kid continuó su registro. Media hora más tarde, encontró un saquete con perlas.

Se lo entregó a la joven.

—Esto es suyo —manifestó.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí? —se extrañó Judy.

—¿Tenía que zarpar alguna nave del yacimiento?

—No. Hay una dispuesta, pero he ordenado que suspendan la partida por el momento.

—Bueno, tal vez sería de algún botín anterior. En fin, creo que aquí no hay ya mucho más que registrar. Volvamos a la nave.

—¿Qué hacemos con esta? —preguntó Judy.

El Kid la miró a través del cuarzo de su escafandra espacial.

—Déjela como advertencia para otras naves piratas —dijo.

—¿Y la policía?

—Ellos nos atacaron primero. Teníamos derecho a defendernos.

Judy asintió.

—Encuentra usted respuesta para todo —suspiró.

El Kid no quiso seguir hablando. Con el diario de la «Tynn» bajo el brazo, se dirigió hacia la ventanilla que les había servido de acceso.

En la nave, se quitaron los trajes de vacío. Luego, El Kid volvió al puesto del pilotaje, desconectó el automático y, durante largo rato, estuvo preparando las operaciones tendentes al establecimiento de una órbita de aproximación a Ganimedes.

Todavía tenían muchas horas por delante. Al terminar, conectó el automático y se dirigió hacia la cocina.

Judy lo vio y le dirigió una mirada de reproche:

—No sé cómo tiene usted ganas de comer, después de lo que ha ocurrido —dijo.

El Kid se encogió de hombros.

—Tengo hambre —contestó lacónicamente.

Después de cenar, se retiró a su camarote. Tendido en la litera, empezó a leer el diario de navegación de la astronave pirata.

Era un documento para uso privado. Aquel diario no sería enseñado jamás a un inspector de tráfico espacial.

Entre otras cosas, y no la menos importante, porque estaba redactado en un código tan indescifrable, que a no ser porque los caracteres eran latinos, El Kid hubiera jurado que estaba escrito en chino.

A la mañana siguiente, Judy le hizo una pregunta:

—¿Qué sacó en limpio de ese diario, Kid?

—Dolor de cabeza. Está cifrado.

—Vaya. No hemos ganado gran cosa con traérnoslo.

—Quizá encuentre algún día un tipo que me lo descifre —aventuró El Kid—. Con su permiso, señora; Ganimedes está a un paso y he de preparar la maniobra de aterrizaje.

Judy contempló el panorama a través de las ventanillas de la cabina. El satélite, cubierto por una inmensa capa de gases helados, se acercaba a la nave con sorprendente rapidez.

CAPÍTULO IX

VARIOS hombres, enfundados en escafandras de vacío, corrían hacia la nave por encima del hielo. Era una visión singular, con Júpiter al fondo, llenando casi todo el panorama, abrumando la mente con su enorme masa esférica, surcada por colosales de suaves colores, paralelas al ecuador del planeta.

Algunos de aquellos individuos iban armados. El Kid frunció el ceño.

—Me gusta la confianza de la gente —dijo sarcásticamente.

—Owlson, el encargado, es hombre prevenido —explicó Judy, mientras pasaba del ascensor al suelo congelado.

Esperaron al pie de la nave. Los individuos llegaron a su altura. Uno de ellos se adelantó ligeramente.

—¡No se muevan! ¡Permanezcan donde están, hasta que se hayan identificado satisfactoriamente! —ordenó.

—No tema, Stoney —dijo la joven—. Soy yo, Judy Sanger.

—¡Señora Sanger! —el hombre parecía sumamente sorprendido —. Pero ¿cómo…?

—Las explicaciones más tarde, Stoney —atajó ella—. El hombre que me acompaña es de confianza. Se llama Kid Colpin. Kid, le presento a mi encargado, Stoney Owlson.

—¿Cómo está, señor Owlson? —saludó El Kid cortésmente.

Owlson trataba de escudriñar su rostro, a través del cuarzo de la escafandra.

—Kid Colpin —repitió—. El nombre me suena.

—Es probable —admitió el interesado—. Hubo una época en que fui famoso.

Judy dio un paso adelante.

—Stoney, sería mejor que hablásemos en lugar más confortable —dijo.

—Por supuesto. Síganme, por favor. Muchachos —se dirigió Owlson, a sus acompañantes—, continúen como hasta ahora…

Los hombres se dispersaron. Judy echó a andar hacia un grupo de edificaciones, casi por completo enterradas bajo la nieve de metano, situadas a unos ochocientos metros de distancia.

A lo lejos, se movían varias lucecitas con agitaciones irregulares.

—¿Qué es eso? —preguntó El Kid, intrigado.

—Están buscando perlas —contestó Judy.

—¿Así… las obtienen? —exclamó él, asombrado.

—Es la única forma —sonrió la joven—. Escarban en el hielo hasta que dan con una. No se ha podido saber cuál es su origen. El caso es que su composición es absolutamente análoga a la de cualquier perla terrestre, salvo que su oriente o brillo es infinitamente más limpio y el tamaño sensiblemente regular.

«Algunos científicos suponen que hace billones de años había aquí un mar, que entre los seres vivientes que lo poblaban había unas ostras de tamaño relativamente grande, que esos moluscos, cuyo número debía ser exorbitante, desaparecieron y quedaron solo las perlas… En realidad, ¿qué importancia tiene eso, Kid? —concluyó la joven.

—Ninguna, salvo el precio —dijo El Kid irónicamente.

Judy le arrojó una irritada mirada. Pasaron junto a otra astronave, de tipo más antiguo, y Owlson dijo:

—Aquí la tenemos, sin poder despegar, temerosos de que sea asaltada, como las anteriores.

—¿Hay muchas perlas recogidas, Stoney? —preguntó Judy.

—Unas mil quinientas, señora Sanger.

—¿Incidentes?

—Un par de intentos de invasión, a cargo de buscadores individuales. La guardia se encargó de «refrescarles» un poco las ideas.

—Está bien, Stoney. Diga a la gente que si todo sale bien, como espero, habrá gratificación doble.

—La noticia les alegrará —sonrió el encargado.

Alcanzaron les edificios. Stoney descendió una rampa, y se detuvo ante una esclusa, cuyos alrededores estaban limpios de

hielo.

Cruzaron el umbral. Después de las operaciones correspondientes, pudieron quitarse las escafandras.

En el interior había un ambiente cálido y acogedor. Owlson dijo:

—Voy a preparar un poco de café.

Minutos después, el encargado venía con la cafetera y tazas. La misma Judy se encargó de servir el café.

—Stoney, hemos tenido una escaramuza en nuestro viaje de aproximación —dijo.

—Interesante —murmuró el encargado—. ¿Qué ha pasado?

—Cuénteselo, Kid —ordenó ella.

—Nada de particular. Los piratas han perdido una nave.

Owlson silbó.

—Es la mejor noticia que me dan en muchos meses —comentó, mientras recogía la taza que le alargaba Judy.

—Intentaron detenernos. El señor Colpin contraatacó y convirtió la nave pirata en un colador —explicó Judy.

Owlson contempló a El Kid con admiración.

—Amigo, bien se puede decir que la señora Sanger ha hecho una buena adquisición. Confío en que esta vez, la próxima remesa llegará sin novedad a la Tierra.

—Llegará —afirmó El Kid, sin fanfarronería.

—Están esperándonos ahí arriba —dijo Owlson, a la vez que ponía el índice vertical—. Apenas vean que despegamos, se lanzarán sobre nosotros como buitres.

—A veces, la presa también se defiende —dijo El Kid sentenciosamente—. Stoney, lo que debe de hacer es cuidar las filtraciones.

—¿Eh? ¿Qué es lo que quiere decir? —se extrañó el capataz.

—Aquí, en el yacimiento, hay un miembro del personal que informa a los piratas. De los piratas se pueden decir muchas cosas, pero no que estén mal organizados. Tienen espías por todas partes, y lo digo por propia experiencia, ¿comprende?

Owlson se mostró preocupado.

—Entonces, la cosa es más seria de lo que parece —observó.

—¿Le parece poco seria, después de que han sido asaltadas varias naves de la señora Sanger y muertos sus tripulantes? En Puerto Ivanov, y me supongo que en otras ciudades de Marte,

pasará también lo mismo, las perlas ganimedianas se venden por la quinta parte de su valor.

—El Kid tiene razón, Stoney —habló Judy.

—Bueno, entonces, ¿cómo se llevarán el cargamento? Porque si tenemos un espía y no sabemos quién es…

—Deje que yo me preocupe del asunto —pidió El Kid—. ¿Dónde están las perlas?

—Aquí, en la caja fuerte —contestó Owlson—. ¿Quiere verlas?

—No estaría de más echarles un vistazo.

Owlson consultó con la vista a Judy. Ella hizo un signo afirmativo.

El encargado se levantó. Abrió una puerta, que parecía iba a dar a otra habitación, y la caja fuerte quedó a la vista.

Owlson manejó las ruedecillas. Poco después, abría la puerta de la caja. Extrajo un pesado saquete y volvió con él a la mesa.

El Kid lo tomó con las manos y lo sopesó calculadoramente durante algunos segundos. Luego se lo devolvió al encargado.

—¿No quiere verlas? —preguntó Owlson, asombrado.

—¿Para qué? Solo me interesaba conocer el peso del saquete —respondió El Kid.

—¿Cuáles con sus planes? —preguntó Judy, devorada por la curiosidad.

El Kid la miró fijamente.

—Llevar las perlas a la Tierra, tal como usted desea —respondió.

* * *

La estancia en Ganimedes duró doce horas.

Al término de dicho plazo, El Kid y Judy se dispusieron a emprender la marcha.

El Kid sentía cierta extrañeza. Había llegado a creer que encontrarían al esposo de la joven en la explotación, dirigiendo los trabajos, pero ni ella ni el encargado lo habían mencionado en absoluto.

Se equiparon. Una vez hubo acabado la operación, El Kid se dirigió a Owlson:

—Ya conoce usted mis planes. Cuando salgamos afuera, procure estar al tanto de cualquier emisión sospechosa. Localice al espía y dele su merecido.

Owlson asintió.

—De acuerdo, Kid. Señora Sanger, suerte.

—Gracias, Stoney.

Salieron al exterior. Las dos naves brillaban como lanzas de plata, devolviendo el resplandor que llegaba del gigante Júpiter.

A prudente distancia de las naves, Stoney dijo:

—Repararemos la avería, señora Sanger. No me gusta andar con rodeos; por eso le digo que la nueva astronave es una birria. Para mí, dinero tirado.

—Puede que tenga razón, Stoney. Adiós.

—Adiós y buen viaje.

El Kid y Judy emprendieron el camino hacia la astronave situada más cerca del campamento. El Kid iba cargado con el saquete lleno de perlas.

Alcanzaron la nave y ascendieron hasta la cabina de mando. Una vez arriba, El Kid se dispuso a actuar con rapidez.

Dejó en el suelo el saquete con las perlas y manipuló con rapidez en los controles.

—No se quite el casco, señora —indicó—. Estoy dejando sin atmósfera el interior de la nave.

—¿Por qué hace eso? —preguntó Judy, asombrada.

—Lo sabrá enseguida —contestó él.

A continuación, sacó una caja negra, de la mitad de una de cigarros, y la conectó mediante unos cables a determinados puntos del tablero de mandos. Consultó su reloj y realizó diversas operaciones en la caja antes de ponerse en pie.

—Ya está —dijo—. Ahora, vamos a procurarnos la salida.

Agarró un soplete que ya había dejado prevenido y fundió el cuarzo de una de las ventanillas, situada en el lado opuesto al campamento. Al terminar, lanzó el soplete a un lado y empezó a desenrollar una cuerda que tenía dispuesta en un rincón.

—Lo preparé todo mientras dormía la gente —explicó—. La distancia hasta el suelo es de setenta metros, aunque, por fortuna, la gravedad es muy inferior a la de la Tierra. ¿Se atreverá a bajar por la cuerda?

—Puesto que no queda otro remedio…

—De todas formas, le he puesto nudos de trecho en trecho. Esto facilita las cosas.

—¿Cree que nos verán?

El Kid hizo un gesto negativo, mientras ataba la cuerda a una de las patas de un sillón antiaceleración, sólidamente sujeto al suelo.

—La nave nos ocultará. Todos creerán que despegamos con ella. Incluso el espía, y, en realidad, de eso es de lo que se trata.

Lanzó la cuerda a través del hueco abierto por el soplete.

—Vamos, deprisa —dijo, empujándola hacia la lucerna.

El Kid se inclinó y recogió el saquete, colgándole del cuello. Ayudó a la joven a pasar el hueco y cuando ella hubo iniciado el descenso, la siguió sin vacilar.

No hubo dificultades en la operación. Al llegar al suelo, El Kid echó a correr. Por señas, le indicó que cerrase el transmisor del casco.

Judy obedeció. El Kid acercó su casco al de la joven. Podían entenderse por mero contacto.

—Ahora, a correr —dijo—. El automático que he instalado en el cuadro de mandos, encenderá los motores justamente dentro de cinco minutos.

Judy asintió. Cogidos de la mano, inclinados para eludir mejor la posible observación de algún curioso, corrieron hacia la otra nave, situada a doscientos metros de distancia.

Instantes más tarde, la nave despegaba por sí sola. Judy y El Kid habían ganado ya el refugio de la cabina de la nave que les había transportado hasta Ganimedes.

Se quitaron los cascos, a fin de poder hablar con más comodidad. Esperaron durante largo rato.

Una hora después, vieron en las alturas una serie de chispazos.

—Están atacando la nave —dijo Judy.

—Es lo que buscábamos —contestó él—. Pierde una nave, pero gana un cargamento de perlas.

—¿Usted cree? —preguntó la joven con acento receloso.

—Siéntese en su sillón y se lo demostraré.

Judy obedeció. El Kid se dispuso a revisar los instrumentos para emprender el despegue.

La lámpara de la radio osciló repetidas veces. El Kid abrió el conmutador.

—¡Colpin! —sonó la poderosa voz de Owlson.

—Adelante, Stoney.

—He cazado al espía. En efecto, transmitió el despegue de la nave. Hemos visto cómo la atacaban.

—¿Qué ha sido del sujeto? Convendría interrogarle…

—Lo siento. Vamos a cavar una tumba, Colpin.

Judy se estremeció. El Kid no dijo nada más, limitándose a cerrar el contacto.

Minutos después, la nave se lanzaba al espacio. El Kid, sin embargo, no siguió la misma órbita que les había traído hasta el satélite.

Los piratas, calculaba, debían de hallarse ahora muy atareados registrando una nave vacía. El Kid estableció una órbita de máxima excentricidad, se apartó de todas las espaciolíneas, rodeó casi por completo el sistema solar y pocos días después, conseguía llevar la nave a la Tierra sin mayores inconvenientes.

CAPÍTULO X

SILBANDO alegremente, El Kid entró en la habitación del hotel. Sentíase optimista.

Tenía de nuevo su peso normal, vivía en una gravedad normal y dentro de una atmósfera normal. Además, su cuenta corriente presentaba un aspecto encantador.

Si uno lo miraba bien, percibir un sueldo de doce mil créditos mensuales y un premio de cien mil por el viaje, era una fruslería comparado con el cargamento transportado, cuyo valor alcanzaba los mil quinientos millones. El Kid pensó que nada más que hubiese pedido el uno por ciento —y desesperada como estaba cuando le buscó, Judy habría pagado sin duda—, hubiese recibido una recompensa de millón y medio.

Pero había aceptado un acuerdo y se atenía a él. Por otra parte, sus necesidades no implicaban jamás lujos insensatos. Le gustaba vivir bien, pero sin derroches innecesarios.

Cerró la puerta. Sobre la cama divisó un sobre.

El Kid entrecerró los ojos. Avanzó lentamente y, durante unos segundos, contempló el sobre con recelo.

Una vez había visto una trampa explosiva dentro de un sobre. El incauto destinatario lo abrió y no llegó nunca a conocer el contenido de la misiva porque se quedó sin cabeza.

El Kid tomó el sobre con infinito cuidado y lo llevó al lavabo del cuarto de baño. Abrió el grifo y dejó que el agua empapase bien la carta. Si estaba escrita, como suponía, con tinta indeleble, el mensaje continuaría subsistiendo a pesar de la mojadura.

Diez minutos más tarde, decidió que las sustancias que podían componer el explosivo habrían perdido ya su efectividad. Rasgó el

sobre y sacó de su interior una cuartilla.

No había tal trampa, pero no se llamó aprensivo a sí mismo. Pese a todo, valía la pena haber perdido unos minutos.

Sacudió la cuartilla, a fin de escurrir el agua. Luego, sujetándola suavemente con dos dedos de cada mano, leyó su contenido:

Un ardid muy ingenioso, Kid Colpin. Nos dejaste con un palmo de narices, pero la próxima vez no tendrás tanta suerte. «Ella» admira el ingenio y el valor. Por eso me ordena comunicarte que todo irá bien para ti si te quedas ahí, en la Tierra. Si te empeñas en seguid haciendo viajes a Ganimedes, dejarás la piel en el empeño.

Otra vez no nos tomarás el pelo, tenlo por seguro.

Cordiales saludos,

M. C.

—Myra Cuthbert —dijo El Kid pensativamente, después de leer las iniciales que constituían la firma del mensaje.

Arrugó la cuartilla y la arrojó por el sumidero. Luego regresó al salón y se sirvió una dosis de escocés.

Sentóse en un sillón. Era inútil preguntar quién había dejado la carta. El mensajero ya habría tenido buen cuidado de no ser visto.

Pero aquella carta venía a confirmar, una vez más, la potencia de la organización piratesca. Tenía agentes por todas partes.

Eso significaba que sus pasos habían sido vigilados desde su regreso la Tierra. Había relajado la guardia, pero ya no volvería a suceder.

En la Tierra, por supuesto, estaban prohibidas las armas. El Kid pensó en que tendría que usar chaqueta para llevar debajo de la misma su pistola de choque. No tenía ganas de recibir sorpresas desagradables.

Al cabo de unos minutos de reflexión, se puso en pie y se acercó al visófono. Marcó un número y esperó.

La pantalla se iluminó a poco. El rostro de una mujer de mediana edad, de facciones agradables y expresión simpática, apareció ante los ojos de Kid.

—Hola, Myrna —saludó el hombre.

—¿Qué tal, Kid? —contestó ella—. ¿Te sientes impaciente?

—A decir verdad, sí. ¿Cómo va tu trabajo?

—Despacio. Es un código personal y sin saber la cifra clave, resulta poco menos conocer lo que hay escrito en el libro que me entregaste. No obstante, puedo anticiparte que dentro de pocos días habré conseguido un resultado definitivo.

—Eso es estupendo, Myrna —sonrió El Kid—. Gracias por todo y… ¿qué hace tu marido?

—Se ha ido a pescar. Está loco por enseñar a pescar a su primer nieto —contestó ella riendo.

—Se comprende. Dale recuerdos, Myrna.

—Gracias, Kid. Hasta la vista.

El Kid cerró la comunicación. Myrna Davies era uno de los mejores especialistas en criptografía que tenía el gobierno.

Si ella no conseguía descifrar el libro de navegación de la «Tynn», no lo conseguiría nadie.

Era la hora de la cena. El Kid se disponía a salir, cuando oyó el zumbido del visófono.

Conectó el aparato. La cara de Judy Sanger apareció en la pantalla.

—Hola, Kid —saludó la joven.

—¿Cómo está, señora?

—Tengo noticias para usted. Stoney me comunica tiene lista una remesa. Partiremos mañana.

—No tan deprisa, señora —dijo El Kid—. Tengo que esperar una cosa.

—¿Cómo? Oiga, lleva ya tres meses en la Tierra, haciendo el vago y cobrando un sueldo por tostarse la piel en la playa. No me diga ahora que no está dispuesto para despegar inmediatamente.

—Se lo digo —contestó él firmemente—. Y dicho queda.

—Pero, ¿no puede explicarme…?

—Lo siento. El visófono es un medio de comunicación sumamente indiscreto. Llámeme dentro de tres o cuatro días.

—Me parece un retraso excesivo, Kid —se quejó ella.

—Lo siento, ya no puedo decirle nada más. Buenas noches, señora Sanger.

Y cortó la comunicación antes de que Judy pudiera añadir una sola palabra más de protesta.

Cenó en la terraza del hotel, entre palmeras cuyas hojas susurraban al influjo de la brisa que llegaba del cercano océano.

Una orquesta, interpretando conocidas piezas, amenizaba la cena. Algunas parejas bailaban.

La terraza estaba situada sobre una piscina iluminada. Había gente bañándose aun de noche. El Kid sentía sus nervios relajados después de las tensiones a que había sido sometido en las anteriores semanas.

Cerca de él había una mujer ataviada con singular elegancia. El Kid se percató de que ella le dirigía frecuentes pero discretas miradas.

Terminó de cenar, encendió un cigarrillo y se puso en pie. El hotel estaba rodeado de un frondoso parque privado. El Kid se dirigió hacia los jardines con paso tranquilo y mesurado.

Caminó durante unos minutos, deteniéndose aquí y allí para examinar algunas flores de tipo tropical que crecían en los macizos ornamentales del jardín. Su aspecto era el de un sujeto rico y solitario, que sabía aburrirse con dignidad.

Dobló hacia su derecha por un sendero algo más estrecho y completamente oscuro. Divisó una palmera a cuatro pasos, dio un salto y se escondió detrás de su tronco.

La mujer apareció instantes más tarde. Asomando ligeramente la cabeza, El Kid se dio cuenta de que andaba buscándole.

Una sonrisa se formó en sus labios. Ella avanzó media docena de pasos, mirando a derecha e izquierda con claro aire de desconcierto. De súbito, dos brazos surgieron de la oscuridad.

Una mano le tapó la boca, impidiéndola gritar. Un brazo ciñó su talle, arrastrándola al interior del macizo.

Ella se debatió furiosamente.

—Quieta —masculló El Kid a su oído. Y como no obedeciera, le atizó un brutal pellizco en la cadera izquierda, que le hizo pegar un bote de medio metro—. ¿Quieres que continúe? —preguntó en voz baja.

La joven le miró con ojos aterrados. Movió la cabeza negativamente.

—Está bien —dijo El Kid—. Te dejaré la boca libre. Si gritas, cuéntate entre los muertos.

Ella se inmovilizó en el acto. El Kid quitó la mano de su boca, aunque manteniéndola sujeta por un brazo.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—¿Quién se ha creído que…?

El Kid cortó en flor las protestas de la mujer,

—Vamos, vamos, no te hagas la ingenua —dijo. De pronto, le arrebató el bolso con una mano y lo abrió con una seca sacudida. Lo puso en posición invertida y todo el contenido cayó al suelo.

Una pistola pequeña, de pólvora, de las usadas por las damas para su defensa personal en el siglo pasado, quedó junto al pie derecho de El Kid.

—¿Y ahora? —murmuró—. ¿Cuál es tu nombre, preciosa?

—Rosie King —contestó ella mordiéndose los labios.

—Me espiabas por orden de Myra Cuthbert, ¿verdad?

—No sé quién es…

El Kid la lanzó bruscamente contra el tronco de la palmera. Rosie emitió un gemido de dolor.

—Te haré pedazos si tratas de esquivar mis preguntas —gruñó —. ¿Por cuenta de quién me espiabas? ¡Contesta!

—Me… me dijeron que le siguiese… —gimoteó.

—¿Quién? —preguntó El Kid.

—No… no lo sé. Me pagaron mil créditos y…

—Y te dijeron que enviases tu informe a determinado número de visófono, ¿no es verdad?

—Sí, pero no sé quiénes son ni donde viven…

—Estás mintiendo, Rosie. Sin embargo, ya ves, seré bueno y me conformaré con ese número de visófono —de pronto, se agachó y recogió la pistola—. Escucha, vas a telefonear ahora mismo a ese tipo, quienquiera que sea. Le dirás que te descubrí, que intenté atacarte y que no te quedó otro remedio que defenderte y pegarme cuatro tiros. ¿Está claro?

Rosie asintió.

—Y si no haces lo que yo te digo, los cuatro tiros sonarán, pero en tu tripita —dijo él, apoyando en su costado derecho la boca del cañón de la pistola—. ¡Andando, preciosa!

* * *

Pisando de puntillas, El Kid se acercó a la puerta que había al final de la escalera y aplicó el oído a la madera.

Era una casa vieja, que ya debía haber sido demolida. La mayor parte de los inquilinos la habían abandonado. Solo quedaban unos

cuantos pisos ocupados, uno de los cuales lo era por Harry Gunnino, el hombre con el cual había hablado Rosie por el visófono.

El Kid conocía casualmente a Gunnino. Un tipo poco recomendable, aficionado a usar el puñal en los callejones estrechos y poco concurridos. El Kid se preguntó cómo habría podido ir a parar Gunnino a la banda de Myra. «Dinero, a fin de cuentas», fue la respuesta que se dio a sí mismo.

De Rosie se había deshecho mediante el expeditivo procedimiento de golpearle en la mandíbula. Luego la había dejado bien atada y amordazada con sus propias ropas, detrás de unos frondosos rosales. La soltaría cuando terminase con Gunnino.

El Kid había visto la cara del maleante, situándose fuera del ojo de la cámara. Gunnino se había mostrado preocupado al conocer la noticia de la falsa muerte de El Kid, aunque no insatisfecho, de todas formas.

El Kid tenía también buenos amigos en otras partes. Uno de ellos le había dado la dirección de la casa a la cual correspondía el número de visófono facilitado por Rosie. Merced a ello, estaba ahora a la puerta del piso ocupado por Gunnino.

Las dos plantas inferiores estaban deshabitadas.

El Kid aplicó el oído. Alguien hablaba y comunicaba la noticia de su muerte. ¿Le convenía pasar por difunto?

De pronto, se dio cuenta de que era un diálogo normal. Había dos hombres en el piso. Gunnino no transmitía la noticia por radio, como había supuesto.

Inspiró con fuerza y tocó el timbre. Luego se separó un paso de la puerta.

El cuchicheo cesó en el interior de la casa. El Kid esperó.

La puerta empezó a abrirse suavemente. Unos ojos le contemplaron calculadoramente durante unos segundos.

De pronto, el individuo lanzó un fuerte grito, a la vez que intentaba cerrar la puerta:

—¡Harry! ¡El Kid!

CAPÍTULO XI

LA puerta empezó a cerrarse, pero el sujeto no tuvo tiempo de echar la llave, porque El Kid disparó su pie derecho con todas sus fuerzas y la madera, al girar, con terrible violencia, le alcanzó de lleno la cara, tirándole de espaldas.

El Kid saltó hacia adelante. Harry Gunnino intentaba desenfundar su pistola. Un chorro de aire a presión le golpeó en el estómago, lanzándole sin aliento contra la pared opuesta.

El otro empezaba a rebullir. El Kid lo consideró pez chico y le golpeó con el pie en la mandíbula, lanzándolo a la impotencia instantáneamente.

A continuación, El Kid cerró tranquilamente puerta. Gunnino jadeaba penosamente, intentando llenar de aire sus exhaustos pulmones.

El Kid esperó pacientemente algunos minutos. Poco a poco, Gunnino se fue recuperando.

—Tenemos que hablar, Harry —dijo al cabo.

—Condenado hijo de…

—Cuidado con la lengua o te la cortarás tú mismo con tus propios dientes —advirtió El Kid severamente—. Quiero que me digas dónde está Myra Cuthbert.

—No sé nada. No conozco siquiera a esa mujer —contestó Gunnino.

El Kid sacó una especie de cartucho de un bolsillo.

—Es una cápsula térmica —dijo—. ¿Quieres que la abra y te la suelte encima?

Gunnino empezó a sudar.

—Oye, Kid, tú no puedes hacer una cosa semejante…

La uña del pulgar de El Kid se apoyó en el resorte de seguridad de la cápsula.

—¿La abro? —preguntó.

Gunnino se sentó en el suelo.

—Maldita sea, tú ganas —dijo—. Pero no sé dónde está Myra.

—Sin embargo, te comunicas con ella.

—Sí, es cierto. Empleo una frecuencia determinada.

—Y una radio espacial clandestina. A la policía le gustaría saber mucho por qué dispones de una radio espacial sin matricular, ¿no crees?

—¿Qué quieres? —Gunnino se encogió de hombros con gesto fatalista—. Hay que vivir, Kid… —le dirigió una mirada de admiración—. De modo que esa zorra no te mató.

—Le dije que te comunicase la noticia, nada más. ¿Por qué no empleaste a otra fulana con más garbo para espiar, Harry?

—Tú eres demasiado listo —gruñó el forajido—. Myra debería haber contado con ello antes de meterse contigo.

—Lo mismo opino yo. Dame la frecuencia que empleas para contactar con ella. Y cuidado con los engaños. No te lo toleraría, ¿sabes?

—Myra está perdida si tú has metido las narices en el asunto —manifestó Gunnino resignadamente. Le dio las cifras requeridas y luego preguntó—: ¿Y ahora, qué, Kid?

—¿Dónde tienes la radio, Harry?

El rufián se levantó. Apartó unas cortinas y dejó al descubierto un hueco abierto en el muro, donde se veía el pesado aparato que servía para enviar mensajes incluso a los límites del sistema solar.

El Kid disparó dos veces su pistola de choque. Los impactos de las columnas de aire comprimido destrozaron el transmisor.

—Un consejo, Harry —dijo El Kid, mientras enfundaba el arma —. Vete de la ciudad. Tómate unas vacaciones. Te conviene.

Y se dirigió hacia la puerta. De pronto, recordó una cosa y se volvió en redondo.

—Oye, Harry, el jefe de Myra es una mujer. No tiene nombre o no lo usa, que yo lo sepa. Se hace llamar «Ella», simplemente. ¿La conoces tú?

—La vi una vez, en efecto, pero eso era cuando volaba en las astronaves. Ya no me gusta el espacio —contestó Gunnino

desdeñosamente.

—Tiene la cara siempre velada, creo.

—Sí. Y es una mole de grasa. Debe de pesar al menos ciento cincuenta kilos. Desde luego, no le gusta que le vean la cara ni tampoco pude conocer su nombre.

—¿Dónde la viste, Harry?

Gunnino hizo un gesto vago con la mano.

—Por allá arriba. No me preguntes dónde, no tengo la menor idea de lo que es navegación espacial. Solo sé meterme en una astronave y dejar que me lleven.

—¿Algún planeta? ¿Satélite?

—Me pareció un asteroide, pero no me preguntes más. Un pedrusco bastante grande, de unos treinta kilómetros de largo por doce o catorce de grueso.

—Al menos, sabrás identificar a Júpiter —dijo El Kid.

—Oh, claro que sí. Es sencillísimo…

—Ese pedrusco, ¿estaba muy lejos de Júpiter?

Gunnino reflexionó un momento.

—Mira, Kid, desde allí, Júpiter ofrecía el mismo tamaño que nuestra Luna vista desde la Tierra. Es todo lo que puedo decirte.

El Kid asintió. Con aquellos datos y teniendo en cuenta los diámetros respectivos de Júpiter y la Luna y la distancia de esta a la Tierra, podría conocer, aproximadamente, la distancia que separaba al asteroide del gigante de los planetas.

—Gracias, Harry. No lo olvides, lárgate de la ciudad.

* * *

Judy Sanger entró en la habitación y se encontró a El Kid entregado a la fascinante tarea de lanzar dardos contra un círculo graduado. El círculo pendía del techo y El Kid estaba tumbado en el suelo. Judy parpadeó asombrada, creyéndole demente.

—¿Qué hace usted ahí? —preguntó irritada—. Estoy llamando hace horas…

—Pensaba —dijo él, sin cambiar de postura.

—El tiempo pasa. Es dinero —murmuró Judy.

—El tiempo es algo más valioso que dinero. ¿Compraría usted con dinero los felices tiempos de su niñez?

—¡Dejémonos de especulaciones filosóficas! —exclamó Judy,

sintiendo que su cólera iba en aumento—. Tengo la nave preparada. Usted me pidió varios días; ha pasado ya una semana y…

El Kid lanzó el último dardo, acertó en la diana y se puso en pie de un salto, sin emplear las manos siquiera.

—Estoy esperando una llamada —dijo, acercándose a la mesita de los licores—. Conozco la situación aproximada de la guarida de «Ella» y, además, la frecuencia que se emplea para entrar en contacto con Myra Cuthbert. ¿Quiere algo más?

Le ofreció una copa de jerez. Judy le contempló asombrada.

—¿Todo eso ha averiguado? —preguntó.

—En efecto. ¿O es que cree que me he pasado siete días tumbado en el suelo y tirando dardos al techo?

Judy levantó la vista instintivamente.

—¿Por qué ha puesto ahí el blanco? —quiso saber.

—Los dardos tienen gravedad compensada. Eso hace más interesante el ejercicio —El Kid aspiró el aroma de su copa—. ¿Dónde está la nave?

—En el astropuerto, claro…

—¿Solo dispone de esa?

—Para desplazamientos rápidos, sí, por supuesto.

—¿Ha ordenado que la revisen?

—Siempre lo hacen…

—Que repitan la operación. Que hurguen hasta el último tornillo. No olvide una cosa: esa organización tiene espías por todas partes.

—¿Teme usted algo? —preguntó Judy aprensivamente.

—¿Temer? ¿Con esa gente? Me paso el día temiéndoles —sonrió El Kid—. ¿Qué tal ha ido la venta de perlas?

—No puedo quejarme, Me las quitan prácticamente de las manos.

—Conmigo podía haber dado usted. Se volvería pobre de solemnidad.

—Yo no vendo mis perlas a los tipos como usted, Kid —contestó ella desdeñosamente—. Pero ya encontrará quien le haga comprar una… o más, quizá…

El Kid se echó a reír.

—¡Como no la robe! Su marido estará muy contento de la operación —comentó.

Ella abrió un poco los ojos.

—¿Mi marido? A él no le importa nada de lo que pasa aquí —contestó.

—Un hombre feliz, sin duda —el zumbido del visófono se dejó oír de pronto—. Perdón, señora Sanger.

El Kid se acercó al aparato, situado en el extremo opuesto de la estancia, y dio el contacto. La cara de Myrna Davies apareció en el acto.

—Ya lo tengo, Kid —exclamó la mujer.

—¡Magnífico! ¿Cuándo puedo ir a buscarlo?

—Ahora mismo, si quieres —respondió Myrna—. Te daré el original y una copia, debidamente descifrada. ¡Me has hecho sudar, bribón!

—Oh, eso tiene un premio, guapa. Dime, ¿te gustaría poseer una perla ganimediana?,

—¿Que si me…? ¡Kid! ¡No me hagas soñar despierta!

—No te preocupes: tendrás tu perla antes de media hora.

Y cerró la comunicación.

Judy estaba intrigada. ¿Con quién había hablado El Kid? La postura del hombre, tapándole la pantalla por completo con su cuerpo, le había impedido ver la cara de la mujer.

El Kid se acercó a ella y rozó su collar de perlas con la yema de los dedos.

—Lo siento, pero tendrá que darme una de esas perlas —dijo.

—¿Para dársela a una… amiga suya? —exclamó ella furiosamente.

—Exacto. Una amiga que ya tiene nietos y que, además, es uno de los mejores expertos en criptografía. ¿Ya no se acuerda del diario de navegación cifrado?

—¡Cielos! —murmuró Judy—. Conque era eso, Kid.

—Justamente. Así podremos conocer con absoluta precisión el lugar donde «Ella» tiene su cuartel general.

Judy se quitó el collar, aflojó él broche y pegó un tirón. Las perlas se desparramaron sobre el diván.

El Kid tomó una con el índice y el pulgar.

—La señora Davies dará saltos de alegría cuando se la regale —sonrió. Movió el índice izquierdo con gesto de advertencia—. No se olvide de la revisión de la nave, señora Sanger.

—Lo ordenaré ahora mismo —contestó ella—. Kid —dijo de pronto.

Él la miró por encima del hombro, ya en camino hacia la puerta.

—¿Señora?

—Temo… Debo reconocer que en muchas ocasiones, no me he portado demasiado bien con usted. Quisiera pedirle perdón.

—Soy su empleado. No se preocupe —sonrió El Kid.

—Me gustaría que esta noche cenase conmigo —invitó ella, hablando atropelladamente, con la cara llena de rubor.

—¿Cenar con usted? ¿Qué dirá su esposo? —respingó El Kid—. Soy un hombre moderno, pero…

—Kid, antes le dije que a mi marido ya no le importa nada de lo que pasa aquí.

El Kid comprendió. Judy agregó:

—Murió hace cinco años, a los dos de matrimonio.

—Lo siento —murmuró él.

—Soy joven todavía. Tengo derecho a ser feliz nuevamente. ¿Vendrá a cenar conmigo?

El Kid meneó la cabeza.

—Una vez, señora Sanger, solo una vez. No quiero que me pase dos veces —contestó.

—¡No califique a todas las mujeres por lo que pudo hacerle una sola! —exclamó Judy irritadamente.

—Quizá tenga razón… pero gracias por la invitación. Nos veremos mañana en el astropuerto, señora. Buenas tardes.

Judy no quiso seguir insistiendo. Sabía que sería inútil. Suspiró profundamente mientras veía las anchas espaldas de El Kid alejarse hacia la puerta.

CAPÍTULO XII

EL KID fue puntual en esta ocasión y llegó a la hora acordada.

Judy le aguardaba al pie de la nave.

—Tenía usted razón —dijo.

El Kid arqueó las cejas.

—¿Sí?

—Encontraron una carga explosiva, con aparato de relojería graduado para provocar el estallido dentro de doce horas. Los expertos dicen que no hubiese quedado rastro de nosotros.

—Lo creo. Bien, ¿está todo listo?

Ella le miró con gesto de sorpresa.

—¿Eso es todo lo que se le ocurre decir? —exclamó.

—Bueno, le pedí que ordenara una revisión a fondo, lo hizo y encontramos justo lo que yo sospechaba que podíamos hallar. ¿Qué otra cosa quiere que diga?

—Al menos… —Judy se resignó—. Está bien, ¿para qué seguir hablando del tema?

—Stoney estará avisado, supongo —dijo él.

—Claro. Nos está esperando…

El Kid pegó un respingo.

—¿Ha dicho «nos»? —preguntó.

—Voy a ir con usted —afirmó Judy—. Además, volando en una órbita excéntrica, eludiremos a los piratas…

—Pero es que yo no pienso dirigirme directamente a Ganimedes —exclamó él.

—Es igual. Iré con usted —dijo Judy tozudamente.

—Se quedará en tierra.

—Si intenta despegar sin mí, presentaré una denuncia contra

usted por secuestro de astronave.

El Kid apretó los labios.

—Uno de los dos está loco —masculló—. ¿Es que no comprende cuáles son mis intenciones?

—No, porqué ni siquiera ha tenido la atención de explicármelo —dijo ella con acento de enojo.

—Voy a despejar el camino de una vez. Quiero que los viajes sucesivos sean seguros. ¿Comprende?

—Se toma usted demasiado interés por mis asuntos —dijo Judy.

—Me tomo interés por el sueldo que me paga. Es bueno. Quiero conservarlo.

—No diga tonterías… En fin, lo mismo da. ¿Despegamos?

El Kid alzó las manos al cielo.

—Supongo eme no me queda otro remedio que ceder —dijo.

—No, no le queda otro remedio —aseguró Judy sin pestañear.

Durante las horas que siguieron y una vez fijado el rumbo y conectado el automático. El Kid se entregó a una serie de trabajos que dejaron a Judy perpleja e intrigada. A sus preguntas, él contestaba con secos monosílabos, cuando no con gruñidos ininteligibles.

Finalmente, se cansó y lo dejó en paz. La nave avanzaba con velocidad cada vez más creciente.

La noche transcurrió sin incidentes. Al levantarse, Judy oyó la voz de El Kid hablando a través de la radio.

—Aquí, astronave «Judy Sanger»… repito: astronave «Judy Sanger»… Rogamos auxilio inmediato… Tubos de escape agrietados… No tenemos presión… Por favor, contesten…

Judy se precipitó hacia la cámara.

—¡Kid! —gritó.

El hombre hizo un signo con la mano. Judy calló.

El Kid continuó lanzando la llamada de socorro. Minutos más tarde, se oyó una voz femenina.

—Aquí, «Mar Tirreno»… Denos su posición, «Judy Sanger»… Acudimos a socorrerles… Un consejo… Desconecten motores… Conecten unidades emergencia de refrigeración…

El Kid facilitó los datos que se le pedían. Judy estaba pasmada.

Nuevamente sonó la voz femenina.

—Aguanten. Tenemos sus coordenadas. Vamos a por ustedes…

El Kid cortó la comunicación y se volvió hacia la joven, sonriendo ampliamente.

—Bueno, el anzuelo está lanzado —dijo—. Veremos a ver cómo responde el pez.

—¡Ha llamado a los piratas! —dijo ella, muy pálida.

—Claro. He usado la frecuencia de onda que me facilitó Harry Gunnino. Myra Cuthbert no tardó en recibir mi llamada.

—¿Es cierto que estamos en apuros?

—No, pero ¿qué otra excusa iba a darles?

—La nave no tiene nombre. Usted dio el mío.

—¿No le parece bonito?

Judy pateó el suelo.

—A veces pienso que es usted un inconsciente —dijo con rabia.

—¿Qué me pidió usted cuando fue a contratarme? Quería que sus cargamentos de perlas llegasen sin novedad y también quería seguridad para el futuro. Yo voy a proporcionarle ambas cosas, así que no se queje de mi forma de actuar.

—Pero caeremos en manos de los piratas.

—Tal vez.

—¿Y si… y si nos…?

—Por eso no quería traérmela, pero usted insistió y no tuve otro remedio que resignarme. Oiga, yo no quiero ir y venir de Ganimedes dando rodeos enormes. Quiero hacer cada viaje con la mayor rapidez posible y mientras esa banda siga existiendo, eso no se podrá hacer, ¿comprende? Así, pues, correrá los riesgos que yo quise evitarle.

Judy calló un momento.

El Kid añadió:

—No me gusta estar huyendo de mis enemigos continuamente. Una vez puedo hacerlo, pero me gusta la tranquilidad.

—Comprendo. Está bien, Kid. ¿Puedo hacer algo para ayudarle?

El hombre sonrió.

—Dispénsame. Me he mostrado demasiado duro con usted —dijo.

Judy suspiró.

—Tal vez lo necesitaba —admitió.

—A veces, vienen bien un par de bufidos: para el que los da y para el que los recibe —El Kid sacó una cajita del bolsillo de su

traje y la abrió—. ¿Ve estas bolitas? —preguntó.

Eran dos esferitas de un diámetro inferior a un centímetro. Judy las contempló y luego miró al hombre.

—¿Una droga? —sugirió.

—Sí. Oiga, cuando vea que la «Mar Tirreno» va a abordarnos, tómese una de esas píldoras.

—¿Qué efectos causan?

El Kid se lo dijo. Judy se quedó pasmada.

—No conocía esa droga —dijo.

—Es relativamente nueva. Sus efectos duran hasta doce horas, pero ya no se puede tomar otra dosis en los siguientes diez años, so pena de morir casi en el acto. De todas formas, creo que no la usaremos más de una vez.

Judy meneó la cabeza con desconfianza.

—Con tal de que todo salga bien… —luego añadió—. Creo que tiene razón; debemos despejar el camino y dejarlo limpio y seguro.

* * *

La voz de Myra sonó fuerte y clara a través del altoparlante del receptor de radio:

—¡Atención, «Judy Sanger»! Nos disponemos a abordarles. Prepárense para abrir la escotilla de acceso.

—Enterados —contestó El Kid.

Judy miraba a través de las ventanillas. La nave de los piratas estaba acercándose con infinita lentitud.

Era enorme, lo menos cinco veces mayor que la suya. Viéndola, comprendió que las naves asaltadas anteriormente no habían tenido escapatoria posible.

El Kid le entregó una de las píldoras. Judy la ingirió en el acto.

Luego, él se acercó a la compuerta interior de la esclusa de acceso y aguardó. Judy continuaba observando a través de las lucernas.

Al cabo de un rato, la joven gritó:

—¡Kid, ya salen de la nave!

El Kid abrió la compuerta externa. La interior tenía un «ojo de buey», a través del cual contempló la llegada de cuatro astronautas.

Los piratas entraron en la esclusa. El Kid cerró la compuerta externa y restableció la presión en el interior de la esclusa.

A poco, pudo abrir la compuerta interior. Los cuatro piratas entraron en la cabina. Dos de ellos iban armados con sendas pistolas térmicas.

—¡No se muevan! —dijo uno de los recién llegados. Era una mujer, aunque sus facciones resultaban casi invisibles a causa del casco—. Conque ese es el famoso Kid Colpin —añadió con buen humor.

Otro de los asaltantes llevaba en la mano una especie de maleta de regular tamaño. Los tres permanecieron expectantes mientras la mujer hablaba con Kid y Judy.

—Si no le importa, señora —dijo El Kid gravemente.

Ella le contempló de hito en hito durante un par de segundos.

—Lo siento por ti, Kid —dijo.

—¿Qué va a hacer con nosotros? —preguntó Judy angustiada.

La mujer se volvió ligeramente hacia ella.

—Lo sabrá enseguida, señora Sanger —contestó.

—¿Es usted Myra Cuthbert?

—Sí… y tengo órdenes con respecto a usted, señora Sanger. En cuanto a ti, Kid… —meneó la cabeza—. Lo siento de veras. Eres todo un tipo y me gustaría dejarte vivir, pero resultas demasiado peligroso para la organización.

—Me pegarás un tiro, supongo —dijo El Kid.

Myra hizo un gesto negativo.

—Estamos demasiado juntos para no temer los efectos de una descarga térmica. Si fuese en campo abierto… pero aquí no podemos correr riesgos. Lo siento, repito.

—Un momento —pidió El Kid.

—¿Qué quieres? —preguntó Myra.

—Me has condenado a muerte. Tengo ciertos derechos.

—Claro —Myra sonrió burlonamente—. ¿Quieres darle el beso de despedida a esa chica tan encantadora?

—No se traía de eso. Quiero conocer el nombre de esa mujer a quien llamáis «Ella». No es mucho pedir, creo.

Myra se mordió los labios. I

—No hay muchos que conozcan su identidad y, por otra parte, a ella no le gusta demasiado que se sepa —dijo.

—Puesto que voy a morir… —alegó El Kid.

Myra hizo un gesto con la mano.

—Ven, vamos al otro extremo. No intentes ninguna jugarreta, te lo advierto.

Myra levantó la visera transparente de su casco y caminó hacia el extremo opuesto de la cabina. Una vez allí, pegó sus labios a la oreja derecha de El Kid y susurró un nombre.

El Kid se puso rígido un instante. Luego miró a la mujer con expresión de enorme sorpresa.

—¿Es posible?

Myra sonreía.

—Absolutamente —contestó—. ¿Satisfecho tu último deseo, Kid?

—Sí.

Myra tendió la mano hacia la esclusa.

—Entonces, camina —ordenó—. Ha llegado tu último momento.

Al oír aquellas palabras, Judy lanzó un agudo gemido de desesperación.

CAPÍTULO XIII

EL KID pasó a la esclusa. Uno de los piratas manejó el conmutador que cerraba la compuerta interna.

Judy protestó a voz en cuello y quiso arrojarse sobre Myra, pero uno de sus acompañantes la agarró por ambos brazos y la retuvo a la fuerza, llevándola casi en volandas hasta una de las lucernas.

El pirata que estaba junto a la esclusa tenía la vista fija en Myra. Esta hizo un signo de aquiescencia.

La compuerta exterior se abrió. El aire escapó de golpe, convirtiéndose instantáneamente en una nube de vapor blanco, que se dispersó luego con relativa rapidez.

El Kid fue lanzado al espacio. Quedó rígido, como tendido, la cabeza ligeramente más alta que los pies y los brazos y piernas extendidos en cruz.

Judy cerró los ojos para no ver la horrible escena. Myra sonrió satisfecha.

—Lástima… pero, era nuestro peor enemigo —comentó—. Ayuden a la señora Sanger a que se ponga su escafandra para transbordar a nuestra nave.

Dos de los piratas se llevaron a la joven. Myra quedó con el último pirata.

—Vamos, prepáralo todo —dijo.

—¿Qué tiempo le doy? —preguntó el individuo.

—Quince minutos.

—Está bien.

El hombre se arrodilló junto a la maleta que había traído y manipuló en ella durante unos momentos.

—Contará a partir del momento que hayamos abandonado la

nave —dijo.

—Por supuesto.

Judy llegó al cabo de unos minutos, ya equipada. Myra dijo:

—«Ella» tiene algo que decirle. La verá dentro de breves días. Le aconsejo que acepte sus proposiciones.

—Me imagino lo que quiere pedirme —contestó Judy—. No cederé.

—Veremos —contestó Myra lacónicamente—. Vamos, Ken.

El pirata ajustó unos diales en la caja y se puso en pie.

—Listo para dentro de quince minutos.

—Muy bien. Entonces, vámonos —declaró Myra.

La compuerta interna se abrió. El aire se escapó totalmente de la cabina, pero ello ya no les importó, puesto que estaban sobradamente protegidos por sus trajes de vacío.

Judy se dejó llevar sin resistencia. El cuerpo de El Kid flotaba a una docena de metros, entre ambas naves, alejándose insensiblemente hacia atrás, en el sentido de la dirección de los aparatos. Judy volvió la cabeza para no contemplar el cadáver.

Pasaron a la nave pirata. Apenas cerrada la escotilla, Myra dio orden de acelerar.

—¡Al cuartel general, a toda máquina! —ordenó.

Luego se quitó el casco. Dos tripulantes hicieron lo mismo con Judy.

Las dos mujeres quedaron frente a frente. Myra era de regular estatura, pelo rubio, abundante, y rostro atractivo. Sonreía cuando miró a Judy.

—Venga conmigo, señora Sanger —dijo—. Quiero que presencie un espectáculo muy bonito.

Judy obedeció en silencio. Los poderosos motores de la «Mar Tirreno» impulsaban la nave hacia adelante con creciente velocidad.

Llegaron a la cabina de mandos. Myra conectó la pantalla retrovisora y graduó el foco, hasta captar en el centro la nave de Judy, que disminuía de tamaño con gran rapidez.

—Lo siento, pero no podemos entretenernos en aprender su manejo —dijo—. Creo que era el último modelo, ¿no?

—Así es —confirmó Judy.

—Una lástima, pero no hay otro remedio.

Pasaron algunos minutos. La nave de Judy se había perdido ya

de vista.

De pronto, en el fondo del cielo apareció una estrella de brillo singular. Fue una explosión fugaz, de gran intensidad luminosa. Luego, las tinieblas volvieron de nuevo.

—La bomba ha funcionado —dijo Myra, satisfecha.

Se volvió hacia Judy.

—Llegaremos dentro de dos días nuestro cuartel general —dijo —. Mientras tanto, usted permanecerá encerrada en su camarote.

Judy se encogió de hombros.

—Me resigno ante la fuerza —contestó.

Myra sonrió.

—Una actitud muy práctica —aprobó—. Es la única que le garantiza que seguirá con vida.

—¿Por qué ha asesinado a El Kid? ¿No le bastaba con haberle inutilizado?

Los ojos de Myra chispearon.

—Tenía que hacerlo —contestó—. Usted no conoce los motivos… pero puede que los conozca dentro de dos días.

—No entiendo…

—Tampoco le es necesario. ¡Vamos, la acompañaré a su encierro!

Judy caminó en silencio. Myra se detuvo ante la puerta abierta de una cámara.

—Aquí es —indicó—. Hay teléfono interior, por si necesita algo. Pero no podrá salir de la cámara. Eso es todo, señora Sanger.

Sin pronunciar una sola palabra, Judy cruzó el umbral. La puerta se cerró tras ella en el acto.

La cámara tenía una lucerna circular. Judy se acercó a ella y miró a través del grueso vidrio de cuarzo polarizado.

Angustiada, se preguntó si el plan ideado por El Kid tendría éxito.

¿Había contado El Kid con la bomba de relojería que había destruido la nave?

* * *

El Kid permaneció inmóvil hasta que vio que la nave pirata se alejaba raudamente.

La píldora de oxígeno que había tomado minutos antes del

asalto, no solo proporcionaba el gas vital que necesitaba su organismo, sino que mantenía la tensión necesaria en sus células, impidiendo el estallido de su cuerpo al hallarse en el vacío. El Kid había recelado que podía ocurrirle algo como lo que le estaba pasando y no había querido que los acontecimientos le encontrasen desprevenido.

Volvió la cabeza. Su cohete estaba ya a unos cien metros de distancia.

Por fortuna, los piratas no le habían registrado. Dando por sentado que no se iba a resistir, no se habían preocupado de detalle tan esencial. Era otra de las probabilidades con la cual había especulado El Kid.

Y había acertado. Metió la mano en el bolsillo y sacó un tubo apenas mayor que un lápiz.

Apretó un botón que había en uno de sus extremos. Un fino chorro de gases incandescentes brotó por el extremo opuesto. El efecto de reacción del aparatito le empujó en sentido inverso.

Movió el brazo en la dirección requerida, orientándose hacia la nave. Le pareció que había transcurrido un siglo hasta que alcanzó el borde de la escotilla.

Entonces se agarró con las manos a la compuerta y ya, con un punto de apoyo, pudo desenvolverse mucho mejor. Cruzó, la esclusa y pasó a la cabina.

Lo primero que vio fue una gran caja negra situada casi en el centro, en el suelo. Se acercó a ella y la examinó atentamente.

—Me lo suponía —murmuró.

Hurgó en los mandos y desconectó el aparato de relojería que iba a provocar la explosión. Luego cerró ambas compuertas y restableció la presión normal.

Pese a la protección de la droga, tenía la piel casi helada cuando el aire acondicionado elevó la temperatura del interior de la nave. El Kid lanzó un profundo suspiro de alivio.

Luego se dirigió al puesto de mando. Escrutó los instrumentos durante unos segundos y, al fin, maniobró en ellos durante un minuto.

Luego presionó un botón. Treinta segundos después, un vivísimo fogonazo barrió las tinieblas en un enorme ámbito.

—Espero que se lo crean —musitó.

A continuación fue a la cocina y se preparó un buen café. Reflexionó mientras sorbía la infusión.

Conocía el emplazamiento del cuartel general de la banda. Se preguntó por el número de individuos que podían defenderlo. No tenía otro remedio, se dijo, que tentar la suerte.

Había llegado al final. Era el momento decisivo. Si ahora no actuaba…

Además, Judy estaba en poder de los piratas. El Kid no quería que le sucediese nada.

Terminó el café y volvió a la cabina. Durante largos minutos estuvo calculando una órbita distinta que le llevase a su destino por otra ruta. Tenía que llegar por el sitio menos esperado…

Claro que, se dijo, no le esperaban de ninguna manera, y esto siempre era una ventaja.

Al cabo de un rato, avanzó ligeramente la palanca de gas, mientras los correctores de rumbo hacían variar la inclinación de la nave. Con los nervios en tensión, sintiendo en su organismo la aceleración, El Kid se mantuvo largas horas firme en los mandos, hasta que la nave hubo alcanzado la velocidad requerida.

* * *

El asteroide estaba a la vista.

Gunnino no le había engañado. Era un pedrusco colosal, que flotaba ingrávidamente en el espacio. El Kid maniobró de modo que la nave «subiese» con la proa apuntando a la cara inferior del asteroide.

La forma del pedrusco era casi regular y parecía un ladrillo gigantesco. El Kid conocía el emplazamiento de la guarida de los piratas y consideró conveniente llegar por la parte opuesta.

Frenó cuidadosamente. Los radares habían permanecido inactivos cuando exploró el espacio en busca de otra astronave. No la había en las inmediaciones, lo cual le dijo que había ganado a la «Mar Tirreno» en la carrera.

A poco, empezó a invertir el sentido de marcha de la nave. Aunque él llegaba a la cara inferior del asteroide, no era sino una apreciación subjetiva, debido a que el cuartel general de los piratas se hallaba en la cara opuesta. En aquellos momentos, «arriba» era donde estaba él y «abajo» en la parte ocupada por los piratas.

La gravedad del asteroide era escasísima, un dos o tres por ciento de la normal. Tan leve era su acción, que El Kid tuvo necesidad de emplear los cohetes de retroceso, a fin de que las aletas de la nave pudieran posarse en el rugoso suelo del asteroide.

Al fin notó un estremecimiento. Había tomado tierra.

Cortó gases. Inmediatamente, se puso en acción.

Lo primero que hizo fue vestirse con el traje espacial. Tomó algunos objetos que estimó podrían serle útiles, colgó de su espalda unos cohetes para propulsión individual y se ató el cinturón con la pistola de choque.

Acto seguido, salió de la nave.

La superficie del asteroide parecía un conjunto de enormes rocas, lanzadas en número infinito, sobre una vasta extensión de terreno casi llano. El Kid saltó, pero su caída resultaba lentísima. Manejó los controles del propulsor individual y se deslizó oblicuamente hacia el suelo del asteroide.

Calculó las distancias. Diez kilómetros de grosor, más los que debería emplear en el rodeo que era necesario dar para llegar a la otra cara…

Tenía ante sí una larga jornada. Sin vacilar, abrió nuevamente los chorros de los cohetes individuales y volvió a elevarse.

Una hora después asomó a la cara superior. Maniobró de modo que pudiera quedar oculto por una roca elevada y examinó el panorama con detenimiento.

A unos dos kilómetros de distancia divisó varias cúpulas que parecían casi completamente hundidas en la tierra. Una antena de entramado metálico se alzaba a cien metros por encima de la superficie.

El Kid decidió que, a partir de aquel momento, lo prudente sería caminar a pie. No resultaba fácil, porque el cuerpo tendía a despegarse al menor esfuerzo. De dar un salto un poco fuerte, podía salir al espacio con la mayor facilidad.

Al fin, llegó a las inmediaciones de la primera cúpula. El Kid advirtió que era opaca. Seguramente, era doble, a fin de eliminar los riesgos de impacto de un meteorito. Parecía lógico, ya que el asteroide carecía de atmósfera protectora.

No había ningún centinela a la vista. Los piratas, calculó El Kid, confiaban tanto en el secreto de su guarida, que no estimaban

necesario vigilar el exterior.

La antena, por otra parte, captaría las señales de una nave que se acercase. El Kid había acertado al llegar con una órbita diametralmente opuesta a la posición de la antena.

Aquella antena, se dijo, eran los ojos y los oídos para larga distancia de los piratas. Había que dejarlos sordos y ciegos, decidió, a la vez que caminaba cautelosamente hacia el poste metálico.

CAPÍTULO XIV

EL KID había llevado consigo un pequeño pero potente soplete y se aplicó a la tarea de fundir el entramado de la base. La llama brotaba a varios miles de grados y devoraba el metal casi instantáneamente.

En pocos minutos quedó terminada la tarea. El Kid apoyó ambas manos en el poste y empujó con todas sus fuerzas.

Le costó bastante romper el momento de inercia de la antena. Luego, con enorme lentitud, consiguió que se inclinase un poco. Hizo fuerza y la inclinación se acentuó.

Ya no era necesario que siguiese empujando. La antena tardaría todavía un par de minutos en caer, pero ya no era sino un inservible montón de chatarra.

Ahora era preciso buscar la entrada a la guarida de los piratas. Volvió sobre sus pasos y se aplicó a buscar la esclusa de acceso.

De pronto, vio que se abría una compuerta. El Kid se agazapó rápidamente detrás de una roca.

Un hombre, equipado con escafandra de vacío, salió al exterior. El Kid calculó que debía de haber advertido algún fallo en la recepción de señales y salía a investigar.

El sujeto caminó unos pasos. De pronto, vio la antena caída en el suelo y sufrió un terrible sobresalto.

El Kid adivinó que iba a dar la alarma. Apareciendo súbitamente por detrás del sujeto, agarró con una mano los cables del suministro de oxígeno.

—Ni una palabra o te dejo sin respiración —dijo.

El pirata se quedó inmóvil.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Me llamo Kid Colpin…

—¡Eso es imposible! ¡El Kid ha muerto!

—Bueno, como quieras. ¿Está «Ella» ahí adentro?

El pirata calló. La mano de El Kid hizo presión sobre los tubos de oxígeno.

—No te lo repetiré más —dijo duramente—. Contesta.

—Sí… sí, «Ella» está…

—He visto tres cúpulas. ¿En cuál de ellas?

—La última…

—Bien, camina. Quiero que vayas delante de mí.

—Hay hombres armados —se estremeció el pirata.

—Por eso mismo —dijo El Kid placenteramente—. Tú me servirás de escudo. ¡Andando!

El Kid puso delante del casco del pirata su pistola, a fin de que pudiera ver que iba armado. El hombre se resignó a obedecer.

Llegaron a la esclusa. La primera compuerta se abrió. Al cabo de un minuto, la compuerta interna estaba en disposición de abrirse.

La compuerta empezó a girar. Entonces, el pirata lanzó un grito desesperado.

—¡No abráis! ¡El Kid está aquí!

El Kid saltó hacia atrás. Alargó la mano y presionó el botón de mando que abría la compuerta externa. Esta empezó a girar.

El aire se escapó súbitamente, con sonoro bufido. Fue una oleada que envolvió a los dos hombres y los hizo girar como una peonza durante unos momentos.

La compuerta interior se cerró por sí sola con seco chasquido. El Kid maldijo entre dientes.

—Debería matarte por esto —masculló. Agarró al pirata con ambas manos lo arrastró al exterior y, tomando impulso, lo lanzó hacia arriba con todas sus fuerzas, antes de que el hombre tomara conciencia de lo que le iba a suceder.

El pirata ascendió raudamente en el espacio. En el mejor de los casos, tardaría horas en bajar nuevamente.

El Kid se había deshecho de un obstáculo. Pero la compuerta interior permanecía cerrada.

Ello no le arredró. Sacó la cápsula térmica que aún conservaba, soltó el seguro y la arrojó contra la base de la compuerta. Al mismo tiempo, saltó a un lado.

Una oleada de irresistible calor atacó el metal de la puerta, fundiéndolo como si hubiese sido de mantequilla. El Kid esperó un par de minutos y luego se asomó.

La puerta había desaparecido casi en su totalidad. El Kid pegó una patada a los restos y el paso quedó franco.

El Kid penetró en la cúpula. Había tres cuerpos humanos retorcidos en grotescas posturas. El escape de aire les había sorprendido antes de que consiguieran ponerse a salvo.

Aquella cúpula estaba destinada a lugar de descanso, recepción y comunicaciones. El Kid divisó en uno de los lados, una larga mesa repleta de aparatos de transmisión y recepción, así como de pantallas detectoras y de televisión.

Una lámpara centelleaba vivamente en uno de los transmisores. El Kid se acercó al aparato y graduó la frecuencia para conectarla con la radio de su traje de vacío.

Inmediatamente, oyó una voz femenina, ya conocida.

—¡Mike! ¡Mike! ¡Contesta! ¿Qué pasa ahí? ¿Por qué no me respondes?

El Kid sonrió amargamente.

—Mike no puede contestar —dijo—. Está muerto.

La mujer dejó escapar un resoplido de sorpresa.

—¿Quién diablos eres tú? —preguntó.

—Lucía, ¿no conoces mi voz? Soy El Kid.

Hubo una pausa de silencio. Luego, «Ella», lentamente, dijo:

—Solo tú podías haber llegado hasta aquí. Anda, ven, tengo ganas de verte.

—De acuerdo, Lucía.

El Kid se dirigió hacia la esclusa de comunicación con la siguiente cúpula. A su pesar, sintió cierta aceleración en los latidos de su corazón.

Al cabo de quince años, iba a encontrarse de nuevo con su esposa. Porque «Ella» era su esposa, la mujer que le había abandonado, hastiada de una vida solitaria y sin compañía… y alucinada por las promesas de otro hombre.

Paso a paso, El Kid avanzó hacia la cúpula donde le aguardaba su mujer.

* * *

La última compuerta se abrió por fin.

Una voz sonó en los oídos de El Kid.

—Puedes quitarte el casco.

El Kid obedeció. Cruzó el umbral y se encontró en una habitación en donde la temperatura resultaba casi agobiante, a fuerza de elevada. Lucía, su esposa, se hallaba sentada al fondo, en una especie de diván enorme, con pirámides de cojines a su alrededor, lo que confería al ambiente un aspecto vagamente oriental.

El Kid contuvo un estremecimiento. Aquella mole humana, ¿era la esbelta Lucía con la cual él se había casado dieciocho años atrás, lleno de ilusiones y esperanzas?

La mujer parecía casi más un adorno de la estancia. Solo se le veían las manos. Su enorme cuerpo estaba enteramente cubierto por un largo vestido, de forma cónica, que le cubría desde el cuello a los pies, los cuales quedaban tapados por completo. El vestido era de color verde obscuro.

La cara de Lucía se hallaba tapada por un espeso velo negro, que le cubría enteramente la cabeza. A su derecha, al alcance de la mano, tenía los conmutadores de los aparatos de transmisión.

En el lado opuesto, tenía una mesita llena de dulces y bombones. El Kid recordó entonces que Lucía había sido siempre muy golosa.

—Estás casi igual que entonces —dijo Lucía, tras un prolongado silencio—. Un poco más endurecidas las facciones, el cuerpo tal vez más… hecho, pero no tienes aún una sola cana en las sienes. Tu aspecto es maravilloso, querido.

—Gracias —contestó él brevemente—. Supongo —añadió—, que no creerás que he venido aquí solamente para hablar de cosas pasadas.

—¿Y por qué no? —rio ella bajo el velo—. Anda, busca una silla y ponte cómodo. ¿Tienes prisas? Ninguna, ¿verdad? Entonces, siéntate.

Lucía alargó la mano izquierda. Con la otra levantó un poco el velo y se llevó a la boca un bombón.

—Mi único vicio —dijo.

El Kid esperaba con expresión impasible.

—¿Qué tal es Judy Sanger? —preguntó Lucía a poco.

—Bonita, no se puede negar.

—¿Más que yo… cuando tenía sus años?

—¿Importa eso mucho ahora?

—Siempre fuiste un tipo con muchas prisas. Yo era más tranquila. Por eso engordé tanto —dijo Lucía de buen humor—. Ciento sesenta kilos, ¿eh? ¡Quién lo dijera, Kid! Conmigo, ahora, se podrían hacer tres como era yo de recién casada.

El Kid continuó callado. Lucía se llevó a la boca otro dulce.

—Bueno, ya estás aquí —siguió ella—. ¿Qué les ha pasado a los de afuera?

—Tres han muerto. Otro está en el espacio. Tardará en bajar.

—Y yo me he quedado sola. ¿Qué piensas hacer conmigo después, Kid?

—Todavía no he tomado una decisión. Depende.

—¿De qué?

—Tienes una subordinada, me parece, muy independiente.

—¿Myra Cuthbert? Tal vez, pero es fiel, leal, audaz e inteligente.

—Y falta de escrúpulos.

Lucía se encogió de hombros.

—Lo pide el negocio —contestó.

—Los hombres inocentes que murieron no opinarían igual, de poder hablar ahora.

—Están muertos. Dejémoslos que descansen. ¿Cómo conseguiste salvarte?

—Me figuré que Myra podría arrojarme sin escafandra por una escotilla. Antes, tomé una píldora de oxígeno. Sus efectos duran hasta doce horas.

Lucía le dirigió una mirada de sorpresa.

—¿Y se puede vivir así en el espacio?

—Yo estoy vivo, ¿no?

—Un invento maravilloso —murmuró ella—. ¿Dices que Myra te lanzó al espacio sin escafandra?

—Sí, así sucedió.

—¡Me ha engañado! ¡Ella me dijo que habías intentado escapar y que uno de sus hombres había disparado contra ti, perforándote el traje de vacío!

El Kid soltó una risita.

—Lo cual prueba que Myra no es la subordinada fiel y leal que tú crees —dijo.

Lucía apretó los labios.

—Le diré cuatro cosas cuando venga —masculló—. Kid, no sé qué hacer contigo.

—A mí me pasa igual, Lucía.

—Ahora podrías matarme. Has estado alimentando tu odio durante quince años.

—Ya no te odio, Lucía.

Ella le miró con sorpresa.

—¿Hablas en serio?

—Quince años son muchos años para pensar —dijo El Kid.

—Perseguiste a aquel hombre y le diste muerte —le acusó Lucía.

—Sí, pero no fue como crees. Cuando le tuve al alcance de mi pistola, vi que la venganza no me resolvería nada. Lo dejé ir, pero entonces él, traidoramente, quiso matarme. No me quedó otra solución que defenderme.

Lucía hizo una mueca de desdén.

—Se lo merecía. Me engañó… y lo de menos es que me engañase, porque no hay hombre que no haya engañado una vez a una mujer, sino que luego resultó ser un sujeto ruin, bajo y rastrero. Bien muerto está, Kid.

De nuevo sobrevino otra pausa. Luego, ella dijo:

—Me gustaría hacer un pacto contigo, Kid.

—No me lo propongas siquiera. No lo aceptaré, Lucía.

—Todavía no me has escuchado.

—No me interesa. Tengo un empleo. Me pagan bien. Quiero seguir trabajando pacíficamente. Tú y tu banda os oponéis a ello.

—Y piensas destrozarnos.

—Sí.

—¿Crees que lo conseguirás?

—He venido a intentarlo.

—Myra está a punto de llegar. Trae refuerzos.

—No importa, Lucía.

—Judy Sanger está en sus manos. Jugará la carta del rehén.

—Sabré solucionar el problema.

—Muy seguro estás de ti mismo —dijo ella, admirada.

—De lo contrario, no habría llegado hasta aquí.

—¿Seré yo tu rehén?

—No. Diste a Myra orden de traernos prisioneros. Ella te

desobedeció en parte, lanzándome al espacio. He podido adivinar que empieza a cansarse de ser siempre la segunda. Quiere ocupar tu puesto. Mis posibles amenazas de darte muerte, no la impresionarán en absoluto.

Lucía se quedó muy pensativa.

—Es posible que tengas razón —murmuró—. En los últimos tiempos, se ha mostrado muy independiente. Te agradezco la observación, Kid. Tendré que enseñarle los dientes…

De pronto, Lucía se echó a reír convulsivamente. El Kid la miró con asombro.

—¿De qué te ríes? —preguntó.

—He dicho «enseñarle los dientes». Tendría que levantarme el velo si quisiera hacer de esa frase algo más que una simple metáfora. Kid, ¿no se te ha ocurrido preguntarte por qué llevo siempre la cara tapada?

El Kid guardó silencio. Entonces, ella lentamente, empezó a alzar el velo negro que cubría sus facciones.

Un momento después, El Kid se echaba hacia atrás en su asiento, instintivamente, sin poder evitarlo. Debajo del velo negro no había cara.

Solo se veía un montón de carne arrugada, fláccida, llena de cicatrices. Faltaba un ojo, de la nariz no quedaban más que los orificios naturales y los dientes sonreían perennemente en una horrible mueca al faltar los labios por completo.

Lucía bajó el velo de nuevo.

—¿Comprendes ahora por qué llevo siempre la cara tapada, Kid?

—¿Qué te pasó? —preguntó él, sin reponerse todavía de la impresión sufrida.

—Una explosión de radiactividad en mis primeros tiempos de pirata. Todavía era entonces joven y esbelta… Pude salvar la vida, pero mi cara quedó desfigurada…

—Hay algo que se llama cirugía estética.

—Siempre tuve horror al quirófano, lo sabes bien. Luego, cuando vi que había perdido mi belleza, descuidé el resto de mi cuerpo. Empecé a engordar, engordar y…

El Kid asintió. Un horrible castigo para una mujer que había hecho de su belleza corporal el fin primordial de su existencia.

De pronto, una lámpara empezó a centellear en uno de los

aparatos que Lucía tenía a su derecha.
—Viene alguien —dijo ella.

CAPÍTULO XVI

EL KID se puso en pie lentamente, retirándose a un extremo de la estancia, sin dejar de vigilar a la mujer. La compuerta se abrió de pronto.

Judy Sanger entró trastabillando. Alguien la había empujado con notoria falta de cortesía.

—Vamos, muévase —dijo una voz irritada.

Un hombre entró a continuación. Myra le siguió en el acto.

El pirata apreció la situación instantáneamente.

—¡Myra! ¡El Kid está aquí!

La joven se sobresaltó. El pirata echó mano a su pistola.

El Kid se le adelantó. La pistola de choque vomitó una columna de aire a presión. Se oyó un sonoro «¡bang!» y el pirata dio una voltereta en el aire, después de lo cual quedó inmóvil en el suelo.

Myra entrecerró los ojos.

—Nunca me arrepentiré bastante de no haberte abrasado vivo a borde de tu nave —dijo, apretando mucho los dientes.

—Eres lista, Myra, pero él te tomó el pelo lindamente —dijo Lucía con voz satisfecha.

Myra se volvió rabiosamente hacia ella.

—Todavía le quieres, ¿verdad? ¡Por eso le has perdonado la vida! Si no te hubieses mostrado con tantos escrúpulos, no estaríamos ahora…

—Te equivocas, Myra —la interrumpió Lucía fríamente—. En un principio, no tuve escrúpulos en absoluto. Creía que podría ser otro sujeto llamado también El Kid. No es el único, por otra parte, en usar un sobrenombre semejante. Pero luego, cuando me enteré de su verdadera identidad…

—Le ayudaste, incluso —dijo Myra con acento de furia.

—¡No seas estúpida! ¡Él es sobradamente inteligente para derrotarnos a todos! Lo único que quería era que desistiese, pero nadie pudo convencerle de lo contrario y por eso está aquí.

—No te creo. Y aunque fuese verdad, es hora ya de que acabemos con esta situación.

—¿A qué situación te refieres? —preguntó Lucía.

—A todo, en general. Tu jefatura se ha terminado. Estoy harta de que me des órdenes…

Lucía miró a El Kid.

—Tenías razón. No es fiel y leal, sino traidora y ambiciosa —dijo.

—Cada uno piensa en lo que más le conviene —exclamó Myra—. Sí, es cierto, creaste una magnífica organización, con ramificaciones en todas partes, y obtuvimos elevados beneficios. Pero ya es hora de que te retires, Lucía.

—¿Me vas a fijar una pensión? —preguntó ella irónicamente.

—Los muertos no cobran pensiones.

Judy exhaló un gemido y se cogió la cara con ambas manos. Lucía no pestañeó siquiera.

—De modo que me vas a matar —dijo.

—Sí. Me ordenaste que trajera aquí a Judy Sanger, para que firmase los documentos de cesión de la mina de perlas. Bien, firmará esos documentos, pero la beneficiaría seré yo.

Lucía suspiró.

—Y aquí no hay siquiera flores para adornar una tumba —exclamó melancólicamente.

—Te las pondré de plástico —rio Myra—. Estás lista, Lucía. Y tú también, Kid. La tripulación de la «Mar Tirreno» se ha puesto incondicionalmente a mi lado. Quiere una mayor participación en el negocio y yo se la he dado. Aparte de eso, ¿para qué diablos quieres las joyas, gorda maldita, si no puedes lucirlas?

Una chispa de cólera brilló en los ojos de Lucía.

—No me insultes. Recuerda de dónde te saqué —dijo.

—¡Vete al infierno! —gritó Myra descompuestamente. Y de pronto, sin previo aviso, sacó una pistola térmica y disparó contra Lucía.

Una onda de intolerable calor cruzó la estancia. El rayo térmico

se estrelló contra el enorme cuerpo de Lucía.

La mujer se tambaleó ligeramente, pero no ocurrió nada. Myra la contempló con asombro.

—¿Qué diablos…?

Entonces, aprovechando su descuido, El Kid disparó su pistola de choque y Myra cayó al suelo sin sentido.

Luego corrió hacia Lucía.

—¡No te acerques! —gritó ella.

El Kid se detuvo en el acto. Lucía sonrió extrañamente.

—No soy tan tonta como parezco —dijo—. Hace tiempo que temía una cosa por el estilo. Me hice fabricar un traje incombustible… y ha dado resultado, pero solo a medias. Mi corazón…

Lucía calló un momento. Luego, lentamente, empezó a reclinarse sobre los almohadones.

—Esto se acaba… —murmuró—. Kid, ponte el casco, rápido… Tú también, muchacha…

El Kid se inclinó y recogió su casco. Judy no se mostró remisa en ponérselo.

—Daos prisa… —jadeó Lucía…

El Kid comprendió lo que ocurría. El impacto de la descarga térmica, si bien había sido absorbido en su mayor parte por el traje aislante, no había podido, en cambio, evitar el colapso cardíaco. A pesar de todo, la temperatura del cuerpo de Lucía había sufrido una anormal elevación de grado y ello había afectado al buen funcionamiento de una víscera ya fatigada por el exceso de grasas que la envolvían.

Lucía siguió hablando:

—Fui una impaciente… Debí haber comprendido… que la vida de un astronauta está en el espacio… No supe esperarte en el hogar, cuidando del fuego, con las zapatillas y el periódico preparado…

Miró a Judy y sonrió bajo el velo.

—Tú… lo harás en mi lugar. Él se lo merece… ¡Vamos, largaos! —gritó de repente, con uno de sus últimos esfuerzos.

El Kid terminó de ponerse el casco. Comprobó el perfecto ajuste del de Judy y luego se inclinó sobre Myra.

—¡Déjala!

El Kid se volvió sorprendido. Lucía le apuntaba con una pistola

atómica.

—Déjala ahí o te mataré.

Judy agarró una de las manos de El Kid.

—Vámonos —susurró.

El Kid dirigió una última mirada a su esposa.

—¡Adiós, Lucía! Quiero que sepas que te he perdonado… te perdoné ya hace mucho tiempo…

—Eso me hace feliz —sonrió ella.

Judy tiró de nuevo. Esta vez, El Kid se dejó llevar.

La mano de Lucía se acercó a un botón situado en el cuadro de mandos de los transmisores. Myra despertaba en aquel momento.

—¿Qué haces? —gritó.

Su voz fue ahogada súbitamente por el trueno de la explosión que rompió el techo de la cúpula, dejando que el aire se escapase en un segundo. Los cuerpos de Myra y de su acompañante se convirtieron en sendos montones de carne vitrificada en un instante.

El Kid y Judy oyeron la explosión y se volvieron.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó ella.

El Kid no contestó. Atraído por el estremecimiento de la explosión, se acercaba un pirata a la carrera.

La pistola de El Kid vomitó una descarga. El aire comprimido se congeló súbitamente, haciéndose visible.

Un pesado cilindro de hielo alcanzó al pirata en pleno pecho, juntándole las costillas. El pirata cayó de espaldas y se quedó inmóvil.

El Kid se quedó perplejo.

—No me había dado cuenta de que estábamos en el vacío.

Pero su pistola ya no servía para nada. Al no haber aire, el mecanismo de carga automática no funcionaba.

—Como no lleguen pronto —masculló.

—¿Quiénes tienen que llegar? —preguntó Judy.

—La policía espacial, claro. No pensará que vine aquí sin tener las espaldas cubiertas.

Ella le miró con asombro. La nave «Mar Tirreno» se alzaba inmóvil a unos centenares de metros de distancia.

El Kid tiró de la mano de Judy.

—Los escondites abundan entre las rocas —dijo—. Creo que

podremos resistir hasta que lleguen las patrullas del espacio.

Ello ocurrió poco después. Los piratas supervivientes ni siquiera intentaron una resistencia de fórmula. Se rindieron en el acto.

* * *

El Kid continuaba practicando uno de sus deportes favoritos: el tiro con dardos de gravedad compensada.

Judy entró de pronto en el salón. Parecía muy excitada.

—¡Kid! —gritó—. Mire… ¿Ha leído lo que dice la prensa?

Traía un periódico en la mano, convertido casi en una bola de papel arrugado.

—Soy analfabeto —dijo El Kid calmosamente.

Ella le arrojó el periódico con gesto de ira.

—Estoy arruinada, arruinada… —y de pronto, se sentó en un sillón, se tapó la cara con las manos y rompió a llorar desconsoladamente.

El Kid frunció el ceño. Sentóse en el suelo, desplegó el periódico y empezó a leer la noticia que Judy había rodeado con un círculo rojo.

> FAMOSO QUÍMICO INVENTA FÓRMULA PARA FABRICAR PERLAS IDÉNTICAS A LAS QUE SE ENCUENTRAN EN LOS YACIMIENTOS DE GANÍMEDES!
>
> Lino Peters, renombrado científico, propuesto ya en una ocasión para el Premio Nobel de su especialidad, ha fabricado unas perlas de composición absolutamente igual a las que se encuentran en Ganímedes…
>
> El químico ha declarado a uno de nuestros redactores que ahora las perlas, sin dejar de ser auténticas, pese a la artificialidad de su fabricación, bajarán enormemente de precio. Todas las mujeres podrán…

El Kid soltó una gran carcajada.

—No hay para reír —gimió Judy—. Mi compañía quebrará… Yo tendré que pagar elevadísimas indemnizaciones… Me quedaré sin

un céntimo…

El Kid se puso en pie.

—Mi buen amigo Lino —continuó riendo—. Con razón decía que antes de seis meses podría regalarle a su mujer las perlas por kilos…

—Eso no tiene ni pizca de gracia —dijo Judy, todavía enfurruñada.

El Kid se acercó a la joven.

—La tiene —manifestó—. Así podremos casarnos.

Ella se puso en pie de un salto.

—¡De modo que no pedías mi mano solo porque era rica! —dijo.

—Bueno, había otros motivos…

—Un espejismo, Kid.

—Tal vez, Judy.

—Pero el motivo principal era mi fortuna, ¿verdad?

—¿Por qué negarlo?

Judy suspiró.

—Estoy arruinada —dijo.

—Todavía te queda la nave ultrarrápida, Judy.

Ella le miró de reojo.

—¿Piensas volver al espacio? —preguntó.

—Podemos emplearla en transportar mercancías rápidas. Cobrando buenos fletes, por supuesto.

—Y tú serás el piloto, ¿verdad?

—¿Puedes dudarlo?

Judy le apuntó con el índice.

—Escucha —dijo—. Si pilotas la nave, me llevarás a mí a tu lado. De lo contrario, te quedarás aquí en tierra. No te permito otra elección, ¿comprendes?

—A lo que veo, no te gusta la soledad —sonrió él.

—No, no me gusta —admitió Judy desenvueltamente—. ¿Cuándo nos casamos?

—Abajo, en el vestíbulo del hotel, hay una máquina que despacha licencias de matrimonio. Es un hotel que tiene de todo; incluso capilla, con un sacerdote…

Judy le agarró por la mano.

—Eso está hecho ya —dijo—. A buenas horas me dejo perder esta ocasión. ¡Vamos, Kid!

El Kid se dejó llevar. Judy, mientras descendían en el ascensor,

dijo:

—A propósito, tendrás que poner en la licencia tu verdadero nombre. Y yo no lo conozco todavía.

El Kid sonrió, mientras se inclinaba para rodearla con sus brazos.

—¿Y qué importa eso ahora? —murmuró.

FIN

Próximo número:

HISTORIA DE UN ROBOT

por

CLARK CARRADOS

Detestado por los robots,
odiado por los humanos,
se hallaba entre dos fuegos.
Sin embargo, se había impuesto
una misión
y la llevaría a cabo,
desdeñando riesgos.

BOLSILIBROS TORAY

OESTE


ARIZONA
Publicación quincenal. 9 ptas.


HURACÁN
Publicación quincenal. 9 ptas.


RUTAS DEL OESTE
Publicación quincenal. 9 ptas.



SIOUX
Publicación quincenal. 9 ptas.



SEIS TIROS
Publicación quincenal. 9 ptas.


ESPUELA
Publicación quincenal. 9 ptas.


BEST-SELLERS DEL OESTE Los mejores "westerns" americanos.
Precio: 20 ptas. Publicación quincenal.

GUERRA

HAZAÑAS BÉLICAS Publicación quincenal. 9 ptas.

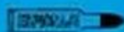


ANTICIPACIÓN


CIENCIA FICCIÓN
Publicación quincenal. 9 ptas.


ESPACIO
Publicación quincenal. 9 ptas.

ESPIONAJE


Aventuras de dos extraordinarios espías.
9 ptas. Publicación quincenal.


Una selección de autores franceses.
Precio: 30 ptas. Publicación mensual.

POLICÍACO

HURÓN Los maestros europeos de hoy en narraciones de intriga, crímenes, suspense... Precio: 50 ptas. Publicación quincenal.

